



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABÁN EL TESTARUDO

por

JULIO VERNE.

—Si — respondió Ahmet; — pero por buen gana que sea, tío, no olvidemos que no es necesario aventurarse imprudentemente por esos caminos de la Anatolia.

—Ah, siempre tus temores!

—Tío Keraban, no creeré que nos encontremos verdaderamente al abrigo de cualquier eventualidad, hasta que estemos en Sentari.

—;Y estás casado; bien! — respondió Keraban dando un apretón de manos á Ahmet — Pues bien, en doce días, te prometo, Amasia será la mujer del más desconfiado de los sobrinos.

—Y la sobrina del....

—¡Del mejor de los tíos! — exclamó Keraban que terminó su frase con una carcajada.

El material de la caravana estaba compuesto de lo siguiente: dos *talikas*, especie de carretelas bastante cómodas, que pueden cerrarse en caso de mal tiem-

po, con cuatro caballos, enganchados por parejas en cada *talika*, y dos caballos de silla. Ahmet había sido muy feliz al encontrar aquellos vehículos en Trebisonda, aun á muy alto precio, lo que les permitiría acabar el viaje en buenas condiciones.

El señor Keraban, Amasia y Nedjeb, se habían colocado en el primer *talika*, en el que Nizib ocupaba el sitio de detrás.

En el interior de la segunda ocupaba un asiento la noble Saraboul, cerca de su novio y enfrente de su hermano, con Bruno, que hacía el oficio de lacayo.

Uno de los caballos de silla estaba montado por Ahmet, el otro por el guía, que tan pronto galopaba á la puertecilla de los *talikas*, conducidas como las sillas de postas, como exploraba el camino por algun punto situado más adelante.

Como el país podía muy bien no ser seguro, los

viajeros se habían provisto de fusiles y revólvers, sin contar las armas que figuraban de ordinario en las cinturas del señor Vuar y su hermana y las famosas pistolas del señor Keraban. Ahmet, á pesar de que el guía le asegurase que no había nada que temer por aquellos caminos, habla querido tomar todas las precauciones contra cualquier agresión.

En suma, cerca de doscientas leguas que recorrer

en diez días con aquellos medios de transporte, áun sin elevar, en una comarca en donde las casas de postas eran raras, sin dejando á los caballos el reposo de cada noche, no había nada que fuese absolutamente difícil. Por lo tanto, sin contar accidentes imprevistos ó improbables, aquel viaje circular debía terminarse en el plazo convenido.

El país que se extiende desde Trebisonda hasta



En aquellos árboles se desarrollan frutos ó asociaciones naturales.

Suope es llamado Djanik por los turcos. Allí es donde comienza la Anatolia propiamente dicha, la antigua Bitinia, que había llegado á ser uno de los más vastos pachaliks de la Turquía Asiática, que comprende la parte oeste de la antigua Asia Menor, con Koutaich por capital y Brousse, Smirna, Angore, etc., por principales ciudades.

La pequeña caravana, que había partido á las seis de la mañana de Trebisonda, llegaba á las nueve á Platana, después de un trayecto de cinco leguas.

Platana es la antigua Hermonara. Para llegar á ella es preciso atravesar una especie de valle en don-

de se desarrollan la cebada, el trigo, maíz; tambien se extienden magnificas plantaciones de tabaco que se desarrollan maravillosamente. El señor Keraban no pudo contenerse de admirar los productos de aquella solanácea de Asia, cuyas hojas, secas sin ninguna preparacion, llegan á ser de un color amarillo de oro. Muy probablemente su corresponsal y amigo Van Mitten tampoco hubiera podido contener la volencia de su admiracion, si no le hubiere estado prohibido el mirar á otra cosa que no fuere la noble Saraboul.

En toda aquella comarca se elevan bonitos árboles,

abetos, jinos, hayas comparables á las más majestuosas de Holstein y Dinamarca, avellanos, groselleros, frambuesos salvajes. Bruno, no sin cierto sentimiento de envidia, pudo observar también que los indígenas de aquel país, aun los de menor edad, tenían el vientre abultado, lo que era muy humillante para un hombre reducido al estado de esquelito.

Al mediodía pasaban por el pequeño pueblo de Fól, dejando á la izquierda las primeras ondulaciones de los Alpes Ponticos. A través de los caminos se cruzaban, yendo hácia Trebisonda ó volviendo, paisanos vestidos de tela de gruesa lana oscura, cubierta la cabeza con el fez ó el bonete de piel de carnero acompañados de sus mujeres, que se envolvían en pedazos de tela de algodón rayadas, bien aparentes sobre las cingulas de lana encarnada.

Todo aquel país era una pequeña parte del Jonofonte, celebre por su famosa reticula de los Diez Mil. Pero el infortunado Van Mitten lu atravésala bajo la amonazadora mirada de Yanar, sin tener el derecho de consultar su guía. Pero había dado orden á Bruno de consultarle por él y tomar algunos apuntes rápidamente. Pero como Bruno en todo pensaba uenos en las hazañas del general griego, hé aqui por qué, al salir de Trebisonda, se había olvidado de enseñar á su amo aquella colina que domina la costa, y el alto desde la que los Diez Mil, al volver de las provincias macronicenas, saludaron con entusiasmados gritos á las flotas del mar Negro. Verdaderamente, no era un fiel servidor.

Por la tarde, después de una jornada de veinte leguas, la caravana se detuvo y descansaba en Tereboli. Allí el *causak*, hecho con el cuajar de cordero, especie de crema obtenida por el enfriamiento de la leche, *yaouch*, queso fabricado con leche ágriva por medio del cuajo, fueron seriamente apreciados por viajeros á los que una larga jornada había abierto su apetito.

Por otra parte, el carnero, bajo todas sus formas, no faltaba á la comida, y Nizib pudo regularse sin temor de ofender la ley musulmana. Bruno, aquella vez no pudo arrebatarle su parte de comida.

Aquella pequeña provincia que no es más que un simple pueblo, fué abandonada la mañana del 19 de Setiembre.

Durante el día, pasaron por Zepa y su estrecho puerto, en el que pueden abrigarse solamente tres ó cuatro embarcaciones de comercio de mediana vela.

Después siempre bajo la dirección del guía, que sin repites conocia perfectamente aquellos caminos apenas trazados algunas veces en medio de largas llanuras, llegaban más tarde á Keresonm, después de un trayecto de veinticinco leguas.

Keresonm se halla situada al pié de una colina, en un doble escarpado de la costa. Aquella antigua Furnaca, en donde los Diez Mil se detuvieron durante diez días para reparar sus fuerzas, es muy pintoresca, con las ruinas de su castillo que dominan la entrada del puerto.

Allí, el señor Keraban hubiera podido á su gusto hacer una amplia provision de tubos de pipa de ma-

dera de cerazo, que son objeto de un importante comercio. En efecto, el cerazo abunda por aquella parte del pachalik, y Van Mitten creyó deber contar á su futura esposa este gran hecho histórico; que fué precisamente de Keresonm de donde el próconsul Lúculo envió los primeros cerazos que fueron aclimatados en Europa.

Saraboul jamas había sido hablar del célebre entador, y no pareció tomar más que un regular interes á las ásbias disertaciones de Van Mitten. Este hacia el oído triste kurdo que pueda imaginarse. Y sin embargo, su amigo Keraban, sin que pudiese adivinarse si se divertía ó no, no cesaba de felicitarle por la manera con que llevaba su nuevo traje, lo que hacia enojarle de hombras á Bruno.

— Si, Van Mitten — repetía Keraban — esto os sienta admirablemente: ese vestido, ese chawal, ese turbante, y para ser un kurdo completo, no os falta más que unas grandes y amenazadores bigotes, tales como los que lleva el señor Yanar.

— Jamas he tenido yo bigotes — respondió Van Mitten.

— ¿No tenéis bigotes? — exclamó Saraboul.

— ¿No tiene bigotes? — repitió el señor Yanar con el tono más desdeñoso.

— ¡Apéna, por lo menos, noble Saraboul!

— ¡Pues bien, los tendrás — repuso la imperiosa kurda — y yo me enorgo, ya, de hacéroslo crecer!

— ¡Pobre señor Van Mitten! — murmuraba entonces la jóven Amasia recompensándole con una buena mirada.

— ¡Ból! — Todo esto terminará con una carcajada! — repetía Nedje, mientras Bruno movía la cabeza como un pájaro de mal agüero.

Á la mañana siguiente, 20 de Setiembre, después de haber seguido las huellas de una vía romana que Lúculo hizo construir, según se dice, para volver á ligar la Anatolia á las provincias armenias, la pequeña caravana, muy favorecida por el tiempo, dejada antes á la provincia de Apat, y después, hacia el mediodía, el pueblo de Ordu. Aquel trayecto contornaba los límites de soberbios bosques, dispuestos sobre las colinas, en las que abundan las esencias más variadas, robles, olmos, arboles, plátanos, ciruelos, olivos de una especie bastarda, enebros, álamos blancos, granados, moreras blancas y negras, nogales y sicómors. Allí la viña, de una exuberancia vegetal que hace como la hiedra de los países templados, guinalda en los árboles hasta sus más altas copas. Y esto, sin hablar de los arbustos, oxiacantos, agracejos, avellanos, saucillos, saucos, nisperos, jazmines, tanaricos, ni las plantas más variadas, azufranes de flor blanca, iris, rosagos, escabiosas, narcisos amarillos, malvas, afeles, elemittus orientales, etc., y tulipanes salvajes, sí, ¡hasta tulipanes! ¡los que Van Mitten no podia mirar sin que todos los instantos del aficionado no se despertáran en él, aunque la vista de aquella planta evocó algun desagradable recuerdo de su primera union! Verdaderamente, la existencia de la otra señora Van Mitten era, sin embargo, una garantía en contra de las pretensiones matrimoniales de la segunda. Era feliz, diez veces feliz

que el digno holandés estuviese casado en primeras nupcias.

Una vez pasado el cabo Jessoum Bouroum, el guía dirigió la caravana á través de las ruinas de la antigua ciudad de Polemonium, hácia la aldea de Fatissa, en donde viajeros y caballos durmieron toda la noche.

Ahmet, con el ánimo siempre alerta, no había sos-

pechado nada hasta allí. Cincuenta leguas y pico acababan de franquear desde Trebisonda, durante las cuales ningún peligro había parecido amenazar al señor Keraban y sus compañeros. El guía, poco comunicativo de por sí, siempre les había sacado de apuros con sagacidad ó inteligencia. Y sin embargo, Ahmet experimentaba por aquel hombre cierta des-



Aquel trayecto contorneaba los flancos de soberbios bosques.

confianza que no podía reprimir. Así es que no desconfiaba nada de lo que debía afianzar la seguridad de todos, y velaba por la salvación común, sin dejar de ver nada.

El 21, al alba, dejaban Fatissa. Hácia el mediodía, dejaban por la derecha el puerto de Onnich y sus astilleros en construcción, en la embocadura del antiguo Cenus. Después, el camino se extendió á través de inmensos llanos de cañamo hasta las bocas del Tcherchenbeb, en donde la leyenda ha colocado una tribu de amazonas, contorneando cabos y promontorios cubiertos de ruinas, como todos los de aquella costa tan curiosamente histórica. Por el pueblo de Terna pasaron después del mediodía, y por la tar-

de por Sansoum, antigua colonia ateniense, que sirvió de alto para la noche.

Sansoum es una de las más importantes escalas de aquel promontorio del mar Negro, aunque su rada sea poco segura, y su puerto, insuficientemente profundo, está en la embocadura de l'Ékil-Irmak. Sin embargo, el comercio es bastante activo y expide hasta Constantinopla cargamentos de sandías, que, bajo el nombre de *arbouses*, crecen abundantemente en sus alrededores. El viño fuerte, pintorescamente levantado sobre la costa, no la defendería más que muy imperfectamente contra un ataque del mar.

(Se continuará.)

EL SECRETO DEL ORO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

LUIS BOUSSENARD.

—¿Por qué?

—Porque le ha sucedido una desgracia á su *piaya* (1).

—Era la única que nos faltaba. ¿Y se trata de algo serio?

—¡Ya lo creo, como que ha muerto!

El antiguo vigilante lanzó una blasfemia horrible.

—Si eso es verdad, nos hemos fastidiado.

—Exageras.

—Bien clara se ve que no los conoces. Ignoras que para los indios nunca es la muerte un suceso natural, *sea* cuando conozcan perfectamente las causas que la producen. No pueden admitir que desaparezca uno de ellos sin atribuirlo á mal de ojo. Creen siempre que uno de sus vecinos, algún individuo de cualquier tribu enemiga, ó acaso el extranjero á quien dan hospitalidad, son los autores del maleficio.

—Pues nos hemos divertido si eso es cierto.

Aumentaban los aullidos, alcanzando espantosa intensidad. Los guerreros de Ackombaka corrían destatinados, se acuchillaban la cara y el pecho con sus navajas y la sangre caía de sus cuerpos en forma de roja lluvia.

—Van á echarnos la culpa de lo que les sucede. Es preciso á todo trance ponernos á la defensiva.

—Contadme cómo ha ocurrido esa muerte para que yo vea si hay medio de salir del apuro.

—Escucha — dijo Bonnet. — Ocurrió hace dos horas. El *piaya*, que era un pillastre de primer orden, vino á pedirnos tabaco y ron. Como necesitábamos de todos esos animales, creí que no debía negarme á complacerle.

—Hiciste bien; continúa.

—Por el momento, se llevó la botella y el paquete de picadura, fué á buscar al jefe, y ambos se pusieron á beber y á fumar sin acordarse para nada de sus compañeros.

(1) El *piaya* es el mago de la tribu. Á las funciones de gran sacerdote reúne las de médico. Su autoridad es muy considerable, y á veces rivaliza con la del jefe. Pronostica la lluvia y el buen tiempo, cura las heridas, dice la buena ventura, explota por todos los medios posibles la credulidad de sus conciudadanos y goza de inenarrables prerrogativas.

—Y luego.... ¡acaba pronto, verdugo, que me estoy abragando á fuego lento!

—Luego.... si me cortas el hilo de las ideas no podré reunir cuatro palabras. ¿Dónde estaba? ¡Ah! sí, cuando empinaban el codo. El *piaya* había dado la botella al jefe, y esperaba con la boca abierta que éste se hartase para tomar el la embocadura, cuando de repente dió dos vueltas sobre sí mismo, saltáronse los ojos de las órbitas, agitó el aire con los brazos y cayó redondo al suelo.

—¿Y.... es eso todo?

—Todo. Estaba muerto, bien muerto. Entónces, el jefe, en vez de darle la botella, tomó aliento, se tragó el líquido que quedaba, rompió la rasija vacía y se puso á chillar como una docena de sapos. Acudieron los otros pieles-rojas, levantaron al *piaya*, sacudiéronle y le frotaron, pero inútilmente. Su cabeza estaba hinchada como un barril y sus labios más gruesos que el mango de un pagay. No he visto jamás una cosa tan repugnante.

—¿No os han dicho nada?

—Ni una palabra. Han empezado á berrear y á cortarse la cara sin ocuparse de nosotros.

—Esto es muy raro y poco tranquilizador. Como antes he dicho, los indios no pueden admitir la muerte sino causada por un maleficio. Si uno de ellos ha sido mordido por una serpiente, es que algun vecino ha tomado forma de ofidio y es preciso que el infeliz designado por el moribundo sucumba despues de él. Si otro se cae de un árbol rompiéndose el espinazo, ó si se ahoga en un salto, ó si muere á consecuencia de las viruelas ó del *delirium tremens*, hay que buscar una víctima expiatoria. Sea un extranjero, un individuo de una tribu enemiga, un animal doméstico, poco importa, siempre que sea castigado el supuesto autor del maleficio.

Anunciada la presencia del jefe blanco, llegó Ackombaka armado con su sable y seguido por los aulladores vociferando todos en los oídos de los europeos, los cuales se prepararon á defenderse.

—Calma — dijo Benedicto impassible — calma. La situación no es desesperada; al contrario.

Los indios de la zona ecuatorial profesan á los blancos un gran respeto y rara vez se atreven á atacarlos.

Este respeto es producido por la idea que tienen de que casi todos son piayás. Como ven que curan las heridas, se orientan por medio de la brújula y poseen una gran cantidad de objetos cuyo uso desconocen, se afirman más y más en su idea. Ackombaka no se dirigía en son de guerra á sus aliados. Lójos de

esto, quería apelar á su ciencia y saber cuál era la causa de la muerte del mago.

Aquel incidente era, en efecto, una catástrofe irremediable. Una tribu sin piaya es un cuerpo sin alma, un barco sin brújula, un niño sin madre. Las mayores desgracias caerían en seguida sobre todos sus



Ambos se pusieron á bailar.

miembros si no se descubría en el acto el autor de la muerte del pontífice.

El perfecto conocimiento que tenía Benedicto del idioma de los galibies le permitió comprender lo que pedía el capitán, y el astuto compadre conoció al punto todo el partido que podía sacar de aquella superstición.

— Es mayor el miedo que el peligro, hijos míos. Todo va bien. Los negocios están en buen camino. Se trata de aprovechar la oportunidad. No estará demás un poco de truhanería.

Se adelantó muy despacio hacia el jefe, levantó su escopeta, descargó al aire sus dos tiros, y entregando el arma á uno de los acompañantes, dijo á Bonnet:

— Ejecuta una tocata escogida.

El tunante obedeció en el acto, y por espacio de algunos minutos desgarró el tímpano de los circos-
tantes con singular maestría.

— ¡Alto! — dijo Benedicto con el noble ademán de Mangin imponiendo silencio á su orquesta. — Jefe — añadió dirigiéndose á Ackombaka y midiendo las si-

labios—y vosotros, guerreros valerosos, escuchadme. Yo soy un gran piaya entre los hombres blancos. He aprendido allí donde el sol se levanta todos los secretos de la vida y de la muerte. Nada hay oculto para mí, ni en los aires, ni en las aguas, ni en los bosques. Mi ojo lo ve todo, mi oído todo lo oye. Os dare á conocer la causa de la muerte de vuestro venerado piaya, castigaremos á los autores del crimen y apartaré de vosotros toda clase de maldad. He dicho. El espíritu de mis padres me ha oído.

Un inmenso grito de alegría acogió aquellas palabras, pronunciadas en tono enfático y con soberbia voz de mando.

— Á ti, jefe, te corresponde llevarme al lado del difunto. Es preciso que mis ojos vean su cara, que mi mano toque su corazón y que mi soplo desvanezca los malos espíritus. ¡Vén!

El cortejo se puso en marcha, y el hábil charlatan, seguido por sus compañeros, no tardó en descubrir bajo una choza el cadáver, hinchado como un odre, reluciente, hediondo, horrible.

Benedicto hizo con la mano algunas señas misteriosas, se volvió sucesivamente hácia los cuatro puntos cardinales, se inclinó con gravedad, tomó su machete y pasó la hoja sobre los carbones de una hoguera, como para purificarla. Levantó la cabeza del muerto, introdujo sucesivamente la punta del arma entre las mandíbulas contraídas haciendo una presión progresiva. La boca, espantosamente hinchada, con las mucosas de color violáceo, se entrecabrió un poco.

— ¿Qué diablos habrá tragado? — reflexionó el jefe siguiendo su costumbre de hablar solo.— El alcohol envenena, pero no ha muerto solamente por el trago.

Los pieles-rojas, acurrucados sobre sus talones y con el peso del cuerpo cargando en los dedos pulgares de los pies, callaban y seguían con curiosidad aquella singular escena.

Benedicto, no ménos preocupado que ellos, trataba de sondear con la vista el fondo de aquella garganta.

— Si yo pudiera hacer que de aquí saliera algo!

Apoyó maquinalmente su robusta mano en el epigastrio, apretando con toda su fuerza.

¡Oh maravilla! Á impulsos de la presión subieron algunas gotas del líquido alcohólico que servían de vehículo á una de esas enormes avispas de la Guayana, más terribles aún que las moscas de aleje llamadas *moscas locas*.

El improvisado piaya tenía entonces, como siempre, más fortuna que un hombre honrado. Sin querer, acababa de realizar una preceja que en adelante sería causa de que le mirasen como á un Dios. El origen de la muerte del pobre diablo se explica á fácilimento.

En el momento en que, con los ojos extraviados y la boca abierta, esperaba que su compañero bebiera su ración, la mosca loca se introdujo hasta la garganta. Aprisionada por un movimiento instintivo de deglución, no había podido salir, y como era natural, picó con su aguijón el paladar del dios y jefe. Una hinchazón enorme obstruyó el paso del aire, determinando la asfixia fulminante.

Tal fué la reflexión que hicieron los europeos. Pero el fenómeno era demasiado sencillo para ser admitido por los indios, que siempre andan á casa de lo maravilloso.

Un prolongado grito de triunfo acogió el brillante exultó obtenido por el piaya blanco, que dejó el cuerpo del insecto sobre el pecho del difunto, invitando á los circunstantes para que fueran á verlo.

— Esto marcha bien, muy bien—decía en voz baja á sus compañeros sin abandonar su aspecto de inspirado.— Estoy por decir á estos imbéciles que la mosca loca ha sido enviada por los propietarios de la ranchería. De este modo jugaría una buena pasada á Robín y á su gente. ¡Mil truenos! Los pieles-rojas les harán pedruzcos en un instante. ¿Por qué no he de hacerlo? Sería una magnífica venganza ejecutada sin el menor peligro, para lo cual no es preciso hacer más que un signo..... ¡Quó bueno soy! Benedicto, hijo mío la culpa te oiga. Tienes que cumplir cosas más importantes. ¡Oh, perfectamente! ¡Voy á dar un golpe maestro!

Se recogió un momento en sí mismo, y luego exclamó con voz sonora:

— Jefe, y vosotros, valientes guerreros, escuchadme. Ya veo al que ha tomado la forma de mosca loca para matar á mi hermano el piaya rojo. Está allí, en una gruta sombría, en medio de las montañas. Él se oculta, pero nada hay oculto para un piaya de blanca piel. Venid, voy á guiar vuestros pasos. Armas con vuestros machetes. ¡Partamos! Yo voy delante de vosotros, y el sol que ha de lucir mañana alumbrará vuestra venganza. ¡Vamos sin tardar! He dicho. El espíritu de mis padres me ha oído.

Benedicto era un hombre verdaderamente hábil.

Él creía que había empleado un argumento sin réplica y de fuerza suficiente para que en el acto le acompañasen al palacio encantado en que habitaba el hada de los pájaros.

Aunque su razonamiento le parecía irresistible, ni uno solo de los indios se movió.

— ¿Cómo! — dijo con sorpresa. — ¿No me han oído mis hermanos?

Ackoulaka se adelantó con humildad y le hizo observar con un acento de dulzura no exento de firmeza, que sus hermanos no podían en aquel instante abandonar el sitio en que se había perpetrado el crimen, sin cuando fuese para castigar á su autor. Dos motivos imperiosos le oponían al cumplimiento de tan pálido deber. Era necesario preparar los funerales del difunto y proceder á la elección de su sucesor. Como estas dos ceremonias dependían una de otra, pronto tendrían su consagración. El piaya blanco, que lo sabía todo, no podía ignorar que los indios nunca siguen el sendero de la guerra sin ir acompañados de su gran sacerdote.

Difícilmente pudo dominar Benedicto el furor que le causaba aquel retraso. Sabía que los funerales entre los indios son causa de interminables cenas de embriaguez. Los piaya blancos no duran ménos de ochenta días, y después es enviado el cadáver á su tribu para ser entregado á la tierra. La investidura

del piaya puede durar algunos años. Como los pieles-rojas no conocen la nocion del tiempo, el aventurero se veía por largo tiempo condenado á una enojosa inmovilidad.

Ackembaka le tranquilizó al ver que tomaba una parte muy activa en el infortunio general. Los funerales durarían el tiempo reglamentario; una semana. En cuanto al sucesor del difunto, no era preciso buscarle. Había sufrido todas las pruebas, excepto la última. El derecho de ejercer sus temibles funciones le sería concedido el octavo día; después llevarían el cadáver al sitio donde se ocultase el asesino, y el primer acto del nuevo dignatario consistiría en hacer expiar al criminal su delito en presencia del cuerpo de su víctima.

El aventurero sabía que los indios no aliaran por nada sus proyectos, y se conformó con sus exigencias, juzgándose muy feliz al saber que solo aguardaría ocho días, pues la casualidad había hecho que se encontrase á mano un recipiendario para tomar la sucesion.

El nombramiento de un piaya tiene una importancia capital, dadas las increíbles prerrogativas anejas á aquella dignidad. El noviciado es terrible y hay pocos candidatos que puedan soportar las pruebas necesarias. Júzguese por lo que voy á decir (1).

El estudiante en Medicina es presentado por el titular á los notables de la tribo; se compromete á sufrir sin debilidad todas las pruebas de cualquier género que sean, y luego se entrega de él su maestro hasta que le crea digno del honor que el solo puede conferirle. Las pruebas son variables, pero están enteramente subordinadas á la voluntad del piaya en jefe.

Durante los seis primeros meses de su noviciado, el joven debe alimentarse exclusivamente de yuca, y está obligado á comer del siguiente modo: se le coloca, ya en un pie, ya en otro, un trazo de cascabel, que ha de llevar á la boca levantando el pie con las dos manos. Este es el primer ejercicio.

Después de seis meses de tal régimen, que si bien no aumenta el caudal de conocimientos, proporciona una soltura admirable á las piernas, se suministra al discípulo un poco de pasento que debe comer por el mismo procedimiento. Su racion ordinaria se aumenta con algunas hojas de tabaco que ha de masticar *tragando el jugo*.... El pobre diablo, horriblemente narcotizado, cae en un estado de inerte embrutecimiento. Enflaquece, su mirada pierde brillo y su estómago, alterado, experimenta atroces sobresaltos. Muchos mueren, pero todos vuelan cuando pueden.

Aquel cuyo organismo ha resistido tan singular alimentacion, sufre, como sucede entre nosotros, un examen de fin de curso. Se le obliga á introducir su cuerpo en el agua, donde permanece durante tanto tiempo, que haria estrecharse á los más atrevidos pescadores de madrepérlas. Sale á la superficie con

los ojos hinchados y la nariz y las orejas ensangrentadas; no importa. Á la prueba del agua sucede la del fuego. Es necesario que pase con los pies desnudos, sin tropezar y sin correr, un espacio más ó ménos grande, en el cual se ha extendido previamente una capa de carbones encendidos.

En cuanto se han cicatrizado las llagas de los pies, vuelve á someterse durante doce meses al régimen de cascabel, de pasento y de tabaco, con objeto de sufrir los segundos exámenes de prueba de curso. Estos son muy variados y honran la inventiva de los inciens examinadores. Se reúnen millares de hormigas flamencas, cuya picadura, horriblemente poligrasa, produce ampollas y una fiebre insupportable. El pobre diablo es encerrado dentro de una hamaca cosida como un saco y con una pequeña abertura. Se introducen las hormigas por ella después de haber agitado el costal en que se hallan á fin de excitarlas más. ¡Calculen los lectores á qué orgía de carne roja se entregan aquellos feroces himenopteros!

El candidato arrostra imposible aquel espantoso sufrimiento, y hace muy bien, pues la menor queja anularia inmediatamente todas las pruebas anteriores. Después lo incien sus examinadores otra *prueba*. Unas cien *mascas de daga*, ó *mascas locas*, están apisonadas por la mitad del cuerpo en las mallas formadas por el tejido de un *manare* (tamiz). Las cabezas están á un lado y los abdómenes á otro. Esta posición inusitada no es para calmar la ferocidad de aquellos insectos destructores. El examinador toma el manare y le aplica delicadamente al pecho, á la espalda á los riñones ó á los muslos del candidato. Los agujones de las avispas penetran en la piel como dardos de fuego, rechinan los dientes de la victima como si masticase vidrio triturado, brota el sudor por sus poros, tórbasele la nariz, pero no profiere ni una queja. Falta someterle á la prueba de las serpientes. Su maestro, que está orgulloso de él, le anima y le hace brillar como nuestros profesores con sus discípulos más notables. Tiene que aguantar la mordedura de una culebra de cascabel ó otra semejante. Es verdad que queda *lavado* por la serpiente, pero no es ménos cierto que la mordedura es horrible. Pronto terminará la serie de pruebas. Ya puedo suplir á su maestro en las operaciones de poca importancia, de igual modo que los alumnos internos de nuestros hospitales, quienes bajo la inspeccion de los príncipes de la ciencia, abren por primera vez un absceso superficial, operan la fácil reduccion de un miembro dislocado ó ponen un apósito.

El joven *sabio* indio tiene el derecho de redoblar en el tambor á la cabecera del enfermo y de vociferar dia y noche para que haya el espíritu maligno. La prescripcion medicinal de los pieles-rojas se limita á esta zambra por partida doble. Este es todo el formulario.

Queda la última prueba, que confiere definitivamente y sin revocacion el *dignus es intrare*, la corona de tres años de pruebas. Es horrible.

La mayor parte de los indios del Maroni no entierran sus muertos sino al cabo de ocho dias. Fácilmente se comprenderá lo que ha de suceder durante

(1) Creo necesario recordar aquí que todos estos detalles, por increíbles que parezcan, son completamente exactos. Yo he sido testigo presencial de una iniciacion entre los amigos de la Guayana holandesa, y las ceremonias eran idénticas á las que describo.

ese tiempo á un cadáver sometido á una temperatura tan cálida como humana. El muerto permanece acostado en su hamaca y debajo de ella se coloca una vasija destinada á recoger la serosidad que fluye á causa de la descomposición. Una parte de este líquido cadavérico se mezcla con una infusión de tabaco y de batato que el recipiente debe absorber (1). Después de esto ya es *gran piaya!* Tiene derecho de vida ó muerte sobre todos los miembros de la tribu. Puede explotar á su antojo la credulidad de aquellos, dando rienda suelta á sus instintos. Una palabra, una mirada suya son sagradas. Todo lo puede y en impunidad es completa por grande que sea su ignorancia. No sabe nada, pero absolutamente nada. Los negros conocen, por lo ménos, los antiflogísticos y los derivados. Sus remedios de curandero se aplican á veces con bastante utilidad, como ya se ha visto anteriormente.

En cuanto á los indios es imposible dar idea de su ineptitud, como no sea teniendo en cuenta la estupidez de los que le escuchan ciegamente. Sus prácticas se limitan á algunas ceremonias ridículas, que consisten en saltos, gritos, redobles de tambor, insultaciones en saltos, etc. Pueden considerarse muy felices los pacientes si cuando están agonizando no se ven obligados á reventar con pimienta cocida, excrementos de animales ó ojos de sapo.

El piaya no sabe poner una ventosa ni practicar una sangría. No tiene la menor idea de los derivados y deja que una fractura se cure como pueda. De esto resulta que haya un gran número de indios espantosamente mutilados. ¿Qué le importa al mago? Su medicina siempre es infalible, y si el enfermo no sana, suya será la culpa.

La tribu de Ackombaka tenía un joven piaya que había sufrido todas las pruebas, ménos la última. Esto era el motivo de que el cuerpo del difunto se conservase durante ocho días, á pesar de las objecciones de Benedicto. La fiesta sería completa. Los funerales del mago, la venganza que había de tomarse del que le había *piayado* (hechizado es la palabra corriente en Guayaquil), el advenimiento de su sucesor, todo concurría para dar mayor importancia á la múltiple solemnidad.

Durante aquellos días de alegría corrían torrentes de *chachiri*, de *vica* y de *huayaya*. Ibase á comer y á beber y á darse golpes. La crónica se alimentaría por mucho tiempo con el ruido de las hazañas que pronto habían de realizarse.

Comenzó la fiesta fúnebre bajo la presidencia de Ackombaka. El piaya interino dispuso el ceremonial como la muerte había ocurrido lejos de la aldea, los restos del difunto se llevarían á ella en tiempo oportuno. Cumplida la primera parte en el mismo sitio de la catástrofe, equívale á la ceremonia que en los pueblos civilizados acompaña al depósito provisional del cadáver de un hombre muerto lejos de los suyos, el cual es conducido más tarde al panteón de familia.

Los indios no tienen cementerios. El difunto es enterrado en su cabaña después de los ocho días reglamentarios de exposición pública. Los parientes y los amigos, ábríos desde por la mañana hasta por la noche, gritan al que más puede en torno del cadáver, golpeando en los tambores con diabólico furor. Es un movimiento perpétuo de jarros llenos y vacíos y mi ir y venir constante de individuos que chillan y beben sin cesar.

El octavo día se practica una fosa en el suelo de la choza, y el cuerpo, que se encuentra en horroroso estado de descomposición, es expuesto sobre un trozo de cocina, precaución indispensable, porque de otro modo podría desaparecer á pedrazos. Toda la tribu quedaba por delante, cada uno de sus miembros se prosterna, se bebe en copro un trago y termina la ceremonia. De antemano se han bajado al hoyo las vasijas que contienen los líquidos cadavéricos; luego se hace lo mismo con las armas y la hamaca del difunto, y, por último, se entierra á éste. Entonces se abandona la cabaña y nadie vuelve á poner los pies en ella.

Algunos indios, entre otros los rucayenos, queman sus muertos al cabo de los ocho días necesarios de exposición. La cremación de estos restos putrefactos es, al ménos, una medida higiénica aunque algo tardía. Otros los curan al humo, se quedan secos como momias, y permanecen al descubierto en el fondo de la fosa practicada en la choza.

En fin, cuando un indio muere lejos de su aldea y es materialmente imposible conducir su cuerpo, sus compañeros deben llevar su cabellera. Esta circunstancia no solo es peculiar á los pieles-rojas, sino también á los negros del Marañón, á los bosha, bonis, yucas y poligodux. Los cabellos se encierran cuidadosamente en un paño atado con hebras ó cuerdas de algodón. Se cuelga el paquete de un bastón; dos hombres colocan las puntas de éste en sus hombros, y de este modo se envía procesionalmente la reliquia á la familia.

La ceremonia de los funerales para enterrar los cabellos es exactamente la misma que cuando se trata del cadáver.

El difunto piaya de la tribu de Ackombaka sería quemado más tarde. Se construye rápidamente una choza, se sujetó la hamaca á los pies derechos, en ella se deposita al muerto y debajo se alinean las vasijas. Estas diversas operaciones se realizan con increíble celeridad. Dada la apatía de los indios, á quienes jamás se ve correr, aquella prontitud es sorprendente. La causa de esto es que después está permitida beber y para aquellos estómagos, más secos que la yuca cuyo color tienen, la bebida es cosmoblígora y sacrosanta.

Benedicto puso á mal tiempo buena cara, y destapó algunas botellas de ron para que sus aliados esperasen sin impaciencia la confección del *chachiri*, bebida por excelencia en las fiestas de los indios. No es asunto de poca monta la preparación de este licor, por el cual experimentan los naturales del país una pasión que llega hasta la locura.

Todos los incidentes de la vida les sirven de pretextos ávidamente deseados y prontamente satisfe-

(1) Aunque parezca horrible este detalle, necesito añadir una vez más que no invento nada. Refiero hechos completamente ciertos. A falta de otras cualidades, mi relato tiene el mérito de la veracidad.

chos; nacimientos, muertes, funerales, bodas, plantaciones, casos, pescas, recolecciones, botaduras de canoas, preparación de la yuca, etc. El *cachiri* es el elemento esencial de todos los regocijos.

Como su confcción exige mucho tiempo se prepara en enormes cantidades. Para obtener cien litros

de aquella bebida fermentada, se toman unos cincuenta kilogramos de micos de yuca recién raspada, y añaden veinte kilogramos de batatas reducidas a harina. La mezcla se pone en dos grandes vasijas de tierra, llamadas *canaris*, adornadas con dibujos muy curiosos y hechas por los indios. Se vierten cincuen-



Algunos días guisan en sartenes.

ta litros de agua en cada *canari* que está dispuesto sobre tres piedras en forma de trébetes. Encuéndose debajo un fuego manso y el mortal feliz designado para la manipulación del licor divino agita la mezcla a fin de que no se adhiera al fondo de la vasija. En seguida deja que hierva y se reduzca hasta que se forme una película espesa. Después de una evaporación de un cuarto de hora, se retira del fuego, se vierte en otra vasija y se abandona a sí misma hasta que tome un ligero color de vino, lo cual se verifica al cabo de treinta y seis horas.

Durante este tiempo se desarrolla una activa fermentación y queda hecho el *cachiri*. Ya no quedan más que pasarle por un tamiz. Esta bebida recuerda la sidra, es muy grata al gusto, refrescante y singularmente traidora, pues produce una embriaguez absoluta que no es posible prever.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

Pero la despedida no fué triste; el jardinero se alegró mucho al saber que iba á unirse á mi familia, y yo no cesé de repetirle que no tardaría en volver con mis padres para manifestarle su gratitud.

—Hasta la vista, hijo mío, y buena suerte. Si no vuelves tan pronto como piensas, escríbeme.

—Volveré.

Aquel día llegamos sin detenernos á Molsheim, durmiendo en una alquería, pues era preciso economizar el dinero para el viaje; dijo Mattia que no era raro, pero ¿cuál era aquella baratura?

Durante nuestra marcha me enseñó Mattia algunas palabras inglesas, porque me preocupaba vivamente una idea, no permitiéndome que me entregase á la alegría. ¿Conocerán mis padres el italiano? ¿Cómo hablamos de entendernos si no sabían más que el inglés? ¿Qué diría á mis hermanos y á mis hermanas si los viese? Pasaría á sus ojos por un extranjero hasta que pudiera hablar con ellos. Cuando pensé en mi regreso á la casa paterna, y después de mi salida de Chavanon me tracé aquel cuadro; no se me ocurrió pensar que semejante circunstancia paralizase mis impulsos. Necesitaba mucho tiempo para aprender el inglés, idioma que me parecía muy difícil.

Ocho días empleamos para recorrer la distancia de París á Boulogne, pues nos detuvimos algo en las principales poblaciones que encontramos, Beauvais, Abbeville y Montreuil-sur-Mer, para dar algunas representaciones y reconstituir nuestro capital.

Cuando llegamos á Boulogne teníamos treinta y dos francos en caja, es decir, mucho más de lo necesario para pagar nuestro pasaje.

Como Mattia no había visto nunca el mar, el primer paseo que dimos fué por la playa; durante algunos minutos permaneció con los ojos fijos en las brumas profundidades del horizonte, y luego, dando un chasquido con la lengua, declaró que era feo, triste y sucio.

Con este motivo se entabló una discusión, pues habíamos hablado muchas veces del mar, diciéndole yo siempre que era el espectáculo más grandioso que se podía ver, y entonces sostuve mi opinión.

—Acaso sea eso verdad cuando el mar esté azul, como dices que le has visto en Cette—replicó Mattia—pero cuando está como el que vemos, amarillento, verdoso, con un cielo gris y sombrías nubes, digo y repito que es feo, muy feo, y que no convida á embarcarse.

Casi siempre estábamos de acuerdo Mattia y yo; ó él aceptaba mi parecer, ó yo admitía el suyo, pero entonces persistí en mi idea, y aun llegué á declarar que aquel mar verde con sus brumas lontananzas y sus gruesas nubes, confusamente impelidas por el viento, era mucho más hermoso que si fuese azul.

—Dices eso porque eres inglés—repuso Mattia—y te gusta este mar porque es el de tu país.

El buque de Londres salía á las cuatro de la mañana del día siguiente; á las tres y media estábamos á bordo instalándonos del mejor modo posible al abrigo de un montón de cajas, que nos protegía contra el viento que soplaban húmedo y frío.

Á la luz de algunos faroles alumbrados vimos la carga del barco; reclinaban las roldanas en sus motores, chocando entre sí las cajas que bajaban al sollado; de vez en cuando gritaban los marineros, y todo aquel ruido era dominado por el del vapor que se escapaba de la chimenea en forma de copos blancos. Sonó una catapana, y cayeron al agua las amarras; estábamos en marcha caminando hácia mi país.

Muchas veces conté á Mattia que no había nada tan agradable como un paseo en barco; se deslizaba uno suavemente en el agua sin tener conciencia de que se andaba; era una cosa encantadora, un sueño.

Cuando hablaba de este modo pensaba en el *Cisne*, y en nuestro viaje por el canal del Mediodía; pero el mar no se parecía en nada al canal. En cuanto salimos de los muelles pareció que el buque se hundía en el agua, luego se levantó para hundirse á mayor profundidad, y así de seguido como si fuese un inmenso volcán; en aquellas sacudidas se escapaba el vapor de la chimenea con estridente ruido; de pronto se restablecía el silencio, y no se oían más que las ruedas golpeando el agua, ya de un lado ya de otro, segun la inclinación del buque.

—¿Nos deslizamos con mucha suavidad!—dijo Mattia.

No supe qué contestarle, porque cuando le describí los encantos de un viaje por agua, ignoraba lo que era una barra.

Pero no era ésta la causa única del balanceo del buque, sino el estado de la mar, que era muy gruesa.

Permaneció Mattia callado durante largo tiempo, y de pronto se levantó bruscamente.

—¿Qué tienes?—le pregunté.

—Que bailo demasiado y que me duele todo, hasta el corazón.

— Es el mareo.

— Ya lo sé, por desgracia.

Pasados algunos minutos corrió á apoyarse en la borda del buque.

¡Ah, pobre Mattia, cuán malo se puso! Por más que le cogía en mis brazos y apoyaba su cabeza

contra mi pecho, no se aliviaba en lo más mínimo; de vez en cuando se levantaba para hacer la misma operación, y volvía á estrecharse contra mí.

Entonces me enseñaba el puño, y medio risueño, medio colérico, decía:

— ¡Oh, estos ingleses no tienen corazón!



¡Ah, pobre Mattia, cuán malo se puso!

— Afortunadamente.

Cuando apuntó el día, pálido, brumoso y sin sol, estábamos á la vista de unos acantilados blanquecinos, y acá y allá se descubrían algunos buques inmóviles y con las velas aferradas. Poco á poco disminuyó el balanceo, y nuestro barco se deslizó sobre un agua tan tranquila como la de un canal. Habíamos dejado el mar, y á cada lado veíanse unas orillas cubiertas de árboles, aunque, á decir verdad, se sospe-

chaban á través de la bruma de la mañana: entrábamos en el Támesis.

— Ya estamos en Inglaterra — dije á Mattia.

Pero éste recibió la noticia sin manifestar alegría, y echándose cuan largo era, en el puente, me respondió:

— Déjame dormir tranquilo.

Como yo pasé bien la travesía no tenía sueño; arreglé á Mattia para que fuese lo más cómodamente pos-

sible, y subiéndome al montón de cajones, me senté en los últimos, teniendo entre las piernas á *Capá*, que no sintió novedad alguna durante la travesía. ¿Quién sabe si *Capá* estaría acostumbrado á los viajes marítimos? Con *Vitalis* todo era creíble.

Desde el sitio en que me hallaba veía todo el curso del río aguas arriba y aguas abajo; á la derecha se extendía un gran banco de arena rodeado por una cinta de espuma, y por la izquierda parecía que se extraía de nuevo en el mar.

Pero no era más que una ilusión; no tardaron en reunirse las azuladas riberas, apareciendo cada vez más amarillentas y fangosas.

En medio del río se veía una verdadera escuadra de barcos anclados, entre los cuales circulaba multitud de vapores y remolcadores dejando en pos largas cintas de negro humo.

¡Cuántos buques! ¡Cuántas velas! Jamás pensé que un río pudiera estar tan poblado, y si el tirano me hubia sorprendido, el *Tamésis* me asombró. Muchos de aquellos buques estaban aparejados y por sus mástiles trepaban sus marineros azedados á las escalas de cuerda, que desde lejos parecían hilas de tela de araña.

Nuestro barco dejaba detrás de sí un sordo espumoso en medio del agua de color amarillo, sobre la que flotaban restos de todas clases, tablas, mástiles rotos, cadáveres de animales, tapones y fierdas; de vez en cuando, algun ave de rapaña que se venía encima de aquellos objetos se arrojaba sobre ellos, alzando el vuelo despues de coger la presa con su pico.

¿Por qué dormía *Mattia*? ¿Cuanto mejor hubiera hecho en despertarse para disfrutar de aquel admirable espectáculo, que se fué haciendo más curioso á medida que nuestro vapor remontaba la corriente!

No era tan sólo los buques de guerra ó de vapor lo que atraía las miradas; ni los trasatlánticos, los cuarnes *steamers* procedentes de lejanos países, los trasportes de carbon y de mineral completamente negros, las embarcaciones menores cargadas de paja ó de lino que parecían hacinas llevadas por la corriente, los grandes toneles rojos, blancos y negros, zarreados por las olas; era, además, lo que se descubría en ambas márgenes, que ya se veían claramente con todos sus detalles, sus casas pintadas con poleridad, sus verdes prados, sus árboles ónces heridos por la podadera, y acá y acullá muelles de madera que avanzaban sobre el negruzco fango, señales para marcar la altura de las mareas y estacas sucias y viscosas.

Largo tiempo estuve con los ojos abiertos, no pensando más que en ver y admirar.

Sucesivamente fueron agrupándose las casas en ambas orillas del *Tamésis*, formando largas hileras; oscurecióse el aire, el humo y la niebla se mezclaban sin que se pudiera saber cuál tenía más intensidad, y luego á los árboles, praderas y rebanos sucedió un bosque de mástiles que surgía de improviso como si los buques estuviesen en los prados.

No pude contenerme por más tiempo; descolgándome de mi observatorio fui á buscar á *Mattia*; ya

estaba despierto y aliviado del mareo había recobrado su buen humor, y accedió á subir conmigo á los cajones. Á la vista de aquel cuadro no pudo ménos de lanzar una exclamación de entusiasmo, frotándose los ojos como para ver mejor; por todas partes desembocaban en el río canales llenos tambien de buques.

Desgraciadamente aumentaba la intensidad del humo y de la niebla, y no se descubría el paisaje sino por los jirones de aquella espesa bruma.

Por último, disminuyó la velocidad del buque, paú el movimiento de la máquina y se arrojaron algunos cables por tierra; estábamos en *Lóndres* y desembarcamos en medio de una multitud que nos miraba con curiosidad, pero sin pronunciar ni una palabra.

—Ha llegado el momento de que utilices tus conocimientos en inglés, querido *Mattia*.

MI compañero que por nada se arredaba, se aproximó á un hombre grueso, de barba rojiza, para preguntarle, con mucha cortesía y sombrero en mano, cuál era el camino de *Green-square*.

Me pareció que *Mattia* no se explicaba fácilmente con su interlocutor, pues le hizo repetir las mismas palabras; pero yo aparenté que no dudaba de la fidelidad de mi amigo.

Al oírlo de mi boca se acercó á mí.

—Es muy fácil—dijo—no hay más que seguir el curso del *Tamésis*; írémos por los muelles.

Pero en *Lóndres* no hay muelles, ó por mejor decir, no los había en aquella época; las casas llegaban hasta la orilla y nos vimos obligados á ir por las calles que, á nuestro parecer, seguían la misma dirección que el río.

Como muy sombrías, cubiertas de lodo y obstruidas por carruajes, cajones, bultos, fardos, y sola mente á costa de grandes esfuerzos podíamos deslizarnos entre aquellos obstáculos que se renovaban sin cesar. Había atado á *Capá* con una cuerda y me seguía pisándole los talones; no era más que la una de la tarde, y sin embargo ya estaba el gas encendido en todos los almacenes.

Mirado bajo este aspecto no nos agradó *Lóndres* tanto como el *Tamésis*.

Seguíamos adelante y de vez en cuando preguntaba *Mattia* si aún estábamos lejos de *Lincoln's Inn*; me participó que debíamos pasar por debajo de una gran puerta que cerraba la calle por donde íbamos. Me pareció muy extraño todo aquello, pero no me atreví á decirle que, á mi modo de ver, estaba equivocado.

Sin embargo, no era así, y por fin llegamos á un arco con dos puertas laterales y por debajo del cual pasaba la calle: era *Temple-Bar*. Preguntamos de nuevo y nos dijeron que torciéramos á la derecha.

Así lo hicimos, saliendo de aquella vía llena de movimiento para entrar en un laberinto de callejuelas silenciosas y de repugnante aspecto.

Súbitamente, y cuando creíamos que estábamos perdidos, nos encontramos delante de un pequeño cementerio lleno de tumbas cuyas piedras estaban tan negras como si las hubieran pintado con betún ó con hollín: era *Green-square*.

Mientras que Mattia interroga á una sombra que pasa, yo me detengo para impedir que el corazón quiera salirse del pecho. No puedo respirar y tiemblo como un azogado.

Luego sigo á Mattia y nos paramos delante de un rótulo de cobre, en el que se lee: *Greth and Galley*. Mattia se adelanta para tirar de la campanilla, pero yo detengo sus brazos.

—¿Qué tienes?— me dice.— ¡Estás muy pálido!

— Espera un poco, necesito cobrar ánimo.

Llama, y entrarnos.

Estoy tan turbado que apenas veo lo que me rodea; me parece que estamos en una oficina y que dos

ó tres personas inclinadas sobre unas mesas escriben á la luz de varios mecheros de gas que arden silbando.

Á una de aquellas personas se dirige Mattia, encargado por mí de llevar la palabra. De su conversación no entiendo más que los nombres de *family*, *boy* y *Barberin*, conozco que está explicando que yo soy el niño cuyo hallazgo ha encomendado mi familia á Barberin. El nombre de éste produce efecto, nos miran, y la persona á quien hablaba Mattia se levanta para abrirnos una puerta.

Entramos en un aposento lleno de libros y papeles; un señor está sentado delante de una mesa de



¿Cuál de vosotros es el niño criado por Barberin?

despacho, y otro con toga y peluca, que tiene en la mano varios talegos azules, habla con él.

En pocas palabras dice el que nos precede quiénes somos, y al oírlo nos miran ambos señores de piés á cabeza.

—¿Cuál de vosotros es el niño criado por Barberin?— dijo en frances el señor que estaba sentado.

Al oír hablar en aquel idioma me tranquilicé un poco y di dos pasos adelante.

— Yo, señor.

—¿Dónde está Barberin?

— Ha muerto.

Los dos señores se miraron por un momento, y el de la peluca salió llevándose los talegos.

—¿Cómo habeis venido?— preguntó el señor que había comenzado á interrogarme.

— Á pié hasta Boulogne y de Boulogne á Londres, embreados.

—¿Os ha dado dinero Barberin?

— No lo hemos visto.

—¿Pues cómo habeis sabido que debíais venir aquí?

Hiciele un corto relato de lo que me preguntaba.

Tenia prisa por hacer á mi vez algunas preguntas, sobre todo una que me abrasaba los labios; pero no me fué posible.

Tuve que referir de qué manera había sido educado por Barberin, cómo me vendió éste á Vitalis, á cuya

muerte fui recogido por la familia Acquin, el cual estaba en la cárcel por deudas, viéndome obligado á abrazar de nuevo mi profesion de músico ambulante.

Á medida que yo hablaba iba tomando notas aquel señor, mirándome de un modo que me inquietaba; es preciso decir que su rostro era duro y que tenía algo de maldad en su sonrisa.

— Y ese muchacho ¿quién es?— dijo señalando á Mattia con la punta de la pluma como si quisiera dispararle una flecha.

— Un amigo, un compañero, un hermano.

— Muy bien; un conocimiento hecho en las cárceles, ¿no es verdad?

— El más tierno y el más cariñoso de los hermanos.

— ¡Oh!; no lo dudo!

Parecióme llegado el momento de hacer la pregunta que tenía en la punta de la lengua desde el principio de la conversacion.

—¿Está mi familia en Inglaterra, señor?

— Sí, vive en Londres, por lo ménos en la actualidad.

—¿De modo que podré verla?

— Dentro de algunos minutos estaréis á su lado. Voy á mandar que os lleven á su casa.

Llamó con una campanilla.

— Una palabra, si teneis la bondad de oirme. ¿Tengo padre?

No sé cómo pude pronunciar aquellas palabras.

—Teneis padre, madre, hermanos y hermanas.

—¡ Ah, señor!

Abrióse la puerta cortando mi efusión, y no pude hacer más que mirar á Mattia con los ojos llenos de lágrimas.

El señor se dirigió en inglés al que entraba, y me pareció comprender que le mandaba conducirnos.

Me puse en pié.

—¡ Ah! No me acordaba — dijo el señor — vuestro apellido es Driscoll, el mismo de vuestra familia.

Á pesar de su mal aspecto creó que le hubiera echado los brazos al cuello si hubiese tenido tiem-

po; pero nos indicó la puerta con la mano, y salimos.

CAPÍTULO XXXIV.

LA FAMILIA DRISCOLL.

El pasante que debía conducirnos á casa de mis padres era un hombre de baja estatura, arragado como un pergamino, vestido con un traje negro, raído y lustroso, y con corbata blanca. Cuando estuvimos en la calle se frotó las manos frenéticamente, haciendo crujir las articulaciones de los dedos y de los puños, sacudió las piernas como si quisiera tirar lejos sus destrozadas botas, y levantando la nariz, aspiró la



Aquel vehículo se llamaba *cab*.

niebla con fuerza y varias veces con la satisfacción de un hombre que está largo tiempo encerrado.

— Le gusta el olor — me dijo Mattia en italiano.

El vejete nos miró, y sin decirnos una palabra, hizo «psit, psit», como si llamara á un perro, lo cual quería decir que debíamos seguirle sin perderle de vista.

No tardamos en llegar á una calle ancha, llena de carruajes; hizo parar uno, cuyo cochero, en vez de ir sentado en el sitio de costumbre, detras del caballo, estaba encaramado en la trasera sobre una especie de capota; algun tiempo despues supe que aquel vehículo se llamaba *cab*.

Nos obligó á subir en el coche, que no estaba cerrado por delante, y á traves de un ventanillo abierto en la capota, entabló un diálogo con el cochero. Pronunciaron varias veces las palabras «Bethnal-Green», y me figuré que se trataba del nombre del barrio en que vivian mis padres; sabía que *green*, en inglés, quiere decir verde, y deduje que aquel barrio estaria adornado con hermosos árboles; esta idea me llenó de gozo, pues sin duda no se parecería nada á las inmundas calles de Londres que habiamos recorrido á nuestra llegada; realmente sería una cosa preciosa, una casa con jardin dentro de una gran ciudad.

La discusion entre nuestro conductor y el cochero fué bastante larga; ya se levantaba el primero hasta el ventanillo para dar sus instrucciones, ya era el otro que parecia iba á precipitarse desde su asiento por aquella angosta abertura para decir que no entendía nada absolutamente de lo que le preguntaban.

Mattia y yo estábamos acurrucados en un rincón, teniendo á *Capi* entre mis piernas, y mientras oía aquella discusion, reflexionaba acerca de lo extraño que era que un cochero no conociese un sitio tan delicioso como debia ser Bethnal-Green: ¿habria muchos barrios verdes en Londres? No era de presumir, pues, á juzgar por lo que habiamos visto, allí no habia más que hollín y humo.

Marchábamos á buen paso por calles anchas, por otras estrechas, luego por otras mejores, pero sin distinguir nada á nuestro al rededor, á causa de la opacidad de la niebla; empezó á hacer frío, y sin embargo experimentábamos en la respiracion igual efecto que si nos ahogáramos. Al hablar en plural, me refiero á Mattia y á mí, porque nuestro conductor debia encontrarse muy complacido; sin embargo, aspiraba el aire á grandes bocanadas, como si quisiera almacenarle en sus pulmones; luego siguió haciendo crujir sus manos y estirando las piernas.

¿Habría estado algunos años sin respirar y sin moverse?

A pesar de la emoción que me causaba la idea de que á los pocos minutos iba á abrazar á mis padres y á mis hermanos; tenía un gran deseo de ver la ciudad que atravesábamos. ¿Por ventura no era mi patria?

Pero por más que abría los ojos, no veía nada más que las rojizas luces de gas que ardian en la niebla como en una espesa nube de humo; á duras penas se descubren los faros de los carruajes que se cruzan con el nuestro, y de vez en cuando nos detenemos arbitrariamente para no aplastar á los transeúntes.

Seguíamos corriendo; hacia mucho tiempo que habíamos salido de casa de Greth and Galley, y esto me confirmó en la idea de que mis padres vivían en el campo; indudablemente íbamos á dejar las calles estrechas para correr por el llano.

Mattia y yo íbamos cogidos de la mano, y al pensar que no tardaría en ver á mis padres, apreté la mya con gran fuerza; creí que debía asegurarme en aquel momento que era su amigo como siempre y que nunca se apartaría de mí lado.

Mas en vez de llegar al campo, nos internamos en calles muy estrechas y oímos el silbato de las locomotoras.

Entonces rogué á Mattia que preguntase á nuestro conductor si tardaríamos en llegar á casa de mis padres. La respuesta fué desconsoladora; el pasante aseguraba que nunca había ido á aquel barrio de ladrones. Indudablemente Mattia se engañaba y no comprendió lo que le habían respondido. Pero sostenía que *thieves*, la palabra inglesa que había empleado el pasante, significaba ladrones en frances. Me quedé atónito, y luego reflexioné que si el pasante había hablado de ladrones era porque efectivamente íbamos á llegar al campo y que la palabra *green* que acompaña á Bethnal se aplica á los árboles y á los prados. Comunicé esta idea á Mattia, y el miedo del pasante nos hizo reír á carcajadas. ¿Qué estúpidas son las personas que no han salido de las ciudades!

Pero todavía no se conoce que nos acercamos al campo; Inglaterra no es más que una ciudad de piedra y de fango que se llama Londres. El lodo inunda nuestro carruaje y salta hasta la cara en forma de placas negras; desde hace un rato, estamos envueltos en una atmósfera nauseabunda y todo indica que nos hallamos en un barrio miserable, el último, sin duda, antes de llegar á las praderas de Bethnal-green. Me parece que damos vueltas al rededor de un mismo punto, y de vez en cuando detiene la marcha nuestro cochero como si no supiese dónde está. Al fin se detiene bruscamente y abre el ventanillo.

Vuelve á entablar la conversación, ó por mejor decir, la discusión. Mattia cree comprender que el cochero no quiere ir más lejos porque no conoce el camino; pide indicaciones al pasante de Greth and Galley, y éste continúa respondiendo que jamás ha estado en aquel barrio de ladrones; oigo perfectamente la palabra *thieves*.

Es indudable que no estamos en Greth and Galley.

¿Qué va á suceder?

Continúa la discusión por el ventanillo, y el cochero y el pasante se cruzan sus réplicas con igual ira por aquella abertura.

Por último, el pasante pega al cochero, que no deja de murmurar, baja del *cab* y nos hace de nuevo *apsil*, *psit*; es evidente que debemos bajar también.

Otra vez estamos en una calle frágosa, en medio de la niebla; hay una tienda brillantemente iluminada, y la luz del gas, reflejada en los espejos, en los dorados y en las botellas de cristal tallado, se extiende por la calle, rompiendo la bruma hasta el arroyo; es una taberna, ó mejor dicho, lo que los ingleses llaman un *gin-palace*, un palacio donde se venden aguardiente de nebrina y de otras clases.

¡Psit, psit! ¿bace nuestro guía.

Entramos con él en el *gin-palace*. Decididamente no hemos estado en lo cierto al creer que nos hallamos en un barrio miserable; nunca he visto un establecimiento más lujoso; por todas partes espejos y dorados; el mostrador es de plata. Sin embargo, las percheras que en él se apoyan, ó que se recostan en las paredes y en las cubas, son andrajosas; algunas no tienen zapatos, y sus desnudos pies, que han pisado en el fango de los albañales, están tan negros como si hubiesen sido untados con betun que no se hubiese secado todavía.

Nuestro guía hace que le sirvan, en aquel hermoso mostrador, un vaso lleno de un líquido blanco que huele muy bien, y después de vaciarle de un trago con igual avidez á la que empleó momentos antes para aspirar la niebla, entabla conversación con el hombre de brazos desnudos que le ha servido.

No es difícil comprender que pregunta mal el camino, y por eso no necesito interrogar á Mattia.

Nos ponemos de nuevo en marcha detrás de nuestro guía; es la calle tan angosta, que, á pesar de la niebla, vemos las casas que la limitan por cada lado; de una á otra acerca hay cuerdas tendidas, y de independientes telas y harapos. Indudablemente no están allí para secarse.

¿Dónde vamos? Empiezo á inquietarme, y de vez en cuando observo que me mira Mattia; sin embargo, no me dice ni una palabra.

Desde aquella calle pasamos á una callejuela, luego á un patio y después á otro callejón. Las casas son más miserables que en la aldea más pobre de Francia; muchas son de tablas como los cobertizos; parecen cundras, y no obstante son casas; algunas mujeres con la cabeza desnuda y muchos chiquillos se mueven en los patios.

Cuando algún débil resplandor nos permite ver en torno nuestro, observo que aquellas mujeres están pálidas y sus cabellos rubios, de color de lino, cuelgan sobre sus hombros; los chicos van casi desnudos, y las escasas ropas que les cubren son andrajos. En una callejuela encontramos cuatro ó cinco cordes revolcándose en el agua estancada del arroyo, que desprende fétidos olores.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA,

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

Al más leve ruido estremeciase aquel hombre de pies á cabeza: su convulsa mano hacia ademán de cazar el rifle que llevaba en bandolera, y permanecía algunos momentos en actitud expectante. Pasaba el tiempo, y ningún accidente venía á justificar la alarma; un trago de jiu de su cantiplova, administrado á punto, restitúle toda su audacia. Entonces proseguía rastrea y tortuosamente su camino, amparándose de cuantas piedras, mátorrales y arbustos encontraba en él.

Avanzando, pues, paso á paso, en medio de los terrores y desconfianzas que le asaltaban de continuo, recorrió considerable espacio de terreno.

Detúvose de pronto para examinar en todas direcciones la accidentada llanura; echóse después al cuerpo otro sorbo de jiu, é irguiéndose repentinamente emprendió desalentada carrera. Hallábase á la sazón poco más de una milla del fuerte, y sípuse quizás que la inminencia del peligro había pasado, cuando, prescindiendo de toda clase de precauciones, dióse á huir por la llanura con cuanta rapidez le permitían las sombras de la noche y las desigualdades del terreno.

Alguna que otra vez deslumbradores relámpagos, iluminando la region del S. E., rodeaban de luz la oscura silueta del miserable; pero dicho efecto era momentáneo, propio de la causa que lo producía. De igual manera los fulgores eléctricos creaban, en su breve tránsito, cien y cien fantásticas apariencias que en la intranquila conciencia de aquel hombre fomentaban espantables recelos y torturas.

En más de una ocasión figurósele ver que se agitaban de un lado á otro, casi en los linderos del bosque virgen que á su derecha se extendía, las vagas eataaduras de extraños seres....

¿Serían visiones que engendraba el miedo en la turbada imaginación del asesino?

Las sombras nocturnas no permitían esclarecer el hecho; pero aquel hombre corría cada vez con más desalentado impulso, como si aquellos seres, ilusorios ó reales, fueran persiguiéndole. Tras infinitas angustias llegó, al fin, sano y salvo, al desfiladero que daba paso á la extensa planicie en que se levantaba el campamento inglés.

En aquel instante, ligera luz crepuscular teñía ya el horizonte; á su escaso fulgor, desde las rocas que servían de contrafuertes á los acantilados del desfiladero, que miraban al Sur, se adelantó con lentitud un hombre; el que llegaba dirigióse á él; rápidamente cambiáronse entre los dos estas frases:

— ¿Qué hiciste? — preguntó el que parecía aguardar al último.

— ¡ Ha muerto! — tartamudeó éste.

— ¿ De véras, William? ¡ Truenos y rayos! ¿ No me engañas? *

— Tan verdad es — repuso el marinero de la nariz roja — como que vos sois el capitán John Cróssbow. Pero.... ¡ venid, venid, refugiémonos cuanto ántes en el campamento!

— ¿ Qué temes?

— Me ha parecido observar á la luz de los relámpagos, que se movían y agitaban en el bosque bultos sospechosos.... Quizás nuestros enemigos siguen mis huellas....

— Acaso te equivoques; algunos marineros avistaron esta mañana, con un largo anteojó, en la selva, á muchos de aquellos horribles antropófagos.... Parece ser que áun merodean por las tierras altas, y en este caso....

— De una ó de otra suerte, capitán, no estamos bien aquí.

— Marchemos si os parece.

John Cróssbow no hizo objeción alguna, y seguido de su satélite internóse á grandes pasos en el desfiladero.

CAPÍTULO XIX.

EN PRESENCIA DEL CADÁVER.—MISTERIOS.—EXTRAÑA PRETENSION.—SE DESCOBRE AL FIN EL VELO.—LA MALDICION.

I.

En su lecho mortuorio yacía el cuerpo del honrado capitán Félix Ballesta. Más que triste despojo de la muerte parecía presa de plácido ensueño; sus facciones conservaban la expresion dulce y bondadosa que en vida le era habitual, si bien en la espaciosa frente que el hielo de la Parca hacia insensible, vagaban aún, aparentemente, dolorosas reminiscencias.

Después de la crisis congestional que le arrebató al mundo, su fisonomía tornó á adquirir el digno aspecto, la grata serenidad que presentaba ántes.

El doctor Poey embalsamó cuidadosamente el cadáver para que pudiera ser conducido á España.

Honda sensación produjo en los expedicionarios el triste fin de su comandante. Ardian algunos en deseos de vengar su muerte, y hubiéranse entregado desde luego á crueles represalias, si las exhortaciones de sus jefes no calmáran á tiempo sus ímpetus; en

cambio otros, y no eran los menos, por más que lamentasen lo sucedido, sólo pensaban en volver á los patrios lares con las riquezas de que á tan poca costa se habían apoderado en aquel singular país.

Eran las primeras horas de la mañana del 11 de Febrero, y como cuarenta despues de que exhaló don Félix el último suspiro, cuando en la espaciosa habitación del fuerte, en que se hallaban expuestos sus restos mortales, veíase á la angustiada esposa cerca de aquellos queridos despojos, triste, ojeresa, demacrada, sumida en alarmante mutismo, que apenas interrumpían de vez en cuando los ahogados ayos que se escapaban de su dolorido pecho.

Asistíala, acompañando con ella aquel inmenso pesar, el bueno del doctor, don Raimundo Martorell, don Diego Salinas y el viejo Ambrosio.

En balde una y más veces pretendieron sustraer á Clotilde de la desoladora impresión que aquel triste espectáculo debía ejercer en su espíritu; la jóven resistióse tenazmente á todas sus instancias, diciéndolos con expresión indefinible:

— ¡Dejadme ver á mi esposo! ¡Mientras haya en mí un soplo de vida quiero permanecer á su lado, y contemplar en silencioso éxtasis la triste apariencia del que tanto amé!

El doctor y sus amigos no insistieron; aquel dolor sublime se imponía á toda clase de consideraciones. Limitáronse, pues, á acompañarla y á proporcionarle cuantos consuelos exigía su angustiada situación.

En las primeras horas de la mañana, según lleva dicho, se hallaba la heroica jóven ante el cadáver de su esposo; sus miradas, en las que no resplandecía ya el vivísimo fulgor que tanta seducción le daba, fijábanse con insistencia contemplativa en aquellos despojos de la muerte. La actitud de Clotilde, su mutismo, su estático recogimiento, eran más elocuentes y expresivos que las sentidas quejas que arranca el dolor á otras criaturas. Sólo los espíritus fuertes saben sentir de esta manera; su rara energía, reconcentrando en lo más íntimo del seno los pesares, sufre todas sus torturas sin exhalar un gemido.

— ¡Ah! ¡pobre mujer, pobre mujer! — decía el sabio mentalmente posado de conmiseración — ¡Pobre mujer! — repitió. — Vino á la vida sin conocer á quienes se le dieron, sin experimentar una sola vez sus lahigos. Desde entonces, y especialmente en los últimos tiempos, su tránsito por la tierra es un doloroso *Via-Crucis*.

A este punto llegaba de sus reflexiones, cuando fué arrancado á ellas por la brusca entrada en la habitación del contramaestre *Borrasca*.

II.

Estraña expresión reflejábanse en la fisonomía del honrado marino, estaba pálido, inquieto, nervioso.... Hizo señas al doctor para que se acercase, y en voz baja dijole breves frases que impresionaron vivamente al sabio; éste, á su vez, llamó á don Raimundo y al capitán Salinas, y los cuatro hombres conferenciaron quedamente algunos momentos.

Despues abandonó *Borrasca* con apresuramiento la habitación mortuoria. Grave debía ser la noticia

que había comunicado á sus jefes, porque estos, desde aquel instante mostráranse alarmados y como si fuesen presa de extraño desasosiego.

Hablaban á media voz para evitar sin duda que Clotilde se enterase de lo que ocurría. Algo les contrariaba terriblemente; en medio de las perpallidades y vacilaciones que en sus rostros se expresaban, veíaseles accionar con energía y hasta con un tanto cuanto de apasionamiento.

Al par que el tiempo trascurría, aumentábase la ansiedad de aquellos hombres.

De súbito apareció otra vez *Borrasca* en la puerta del aposento; venía más agitado é inquieto que antes. Conferenció misteriosamente con sus jefes; la alarma de éstos pareció subir de punto; sus ademanes denotaban viva exasperación.

Hablaron algunos momentos, y acto continuo tornó á alejarse el contramaestre; pero esta vez iba acompañado del capitán Salinas.

Trascurrieron apenas quince minutos cuando tornaron á presentarse en la habitación; lo que dijeron al sabio y á don Raimundo no pudo oírse; pero en la expresión de los cuatro hombres veíase retratada la consternación más profunda.

Supuesta la gravedad de las circunstancias, debieron adoptar algún decisivo acuerdo, porque el doctor, separándose del grupo, se acercó á la jóven viuda, y la dijo:

— Disimuladnos, doña Clotilde; un suceso especial nos obliga á abandonaros por algunos instantes. El buen Ambrosio os acompañará mientras tanto.

A aquellas palabras, Clotilde medio volvíose hacia el sabio, y con helada entonación, que parecía el eco de un agonizante, repuso:

— No disimuleis, doctor amigo; sé de lo que se trata....

— ¿Decís que sabéis?... — preguntó admirado su interlocutor.

— Sí, no tengais duda.... Sé que Juan Ballesta se ha presentado en nuestro campamento con algunos de sus sicarios solicitando verme y hablarme....

— Me confundís, señora. Hemos hablado tan bajo que.... No sé cómo habeis oído....

— Es que yo tampoco sé, doctor, si lo he oído ó lo he adivinado.

— Pues bien, doña Clotilde, no os inquieteis; vamos á dar á ese miserable la respuesta que merece su singular demanda.

— ¡Detenedos, señor Poey! Yo sola debo dar á Juan Ballesta esa contestación. Seguidme, amigos míos.

Y aquella heroica mujer, dirigiendo al cadáver del amado esposo una mirada de indefinible, de inmensa ternura, salió del aposento seguida de los cuatro hombres, quienes, mudos de sorpresa y de emoción, no encontraron en aquel instante palabras ni razonamiento alguno para hacerla desistir de su propósito.

III.

Clotilde marchaba apresuradamente; sus pasos no producían el menor ruido ni dejaban huellas en el terreno; deslizábase encima de él como una sombra;

más que humana criatura parecía fantástica aparición de formas aéreas é impalpables.

Seguida del doctor y de los tres marinos, abandonó el fuerte y descendió al campamento. Al presentarse en él, un marañuelo de admiración y entusiasmo circuló por las compactas filas de los marineros españoles, que, habiéndose armado por orden de *Borrasca*, formaban en pelotón, frente á frente de John Cróssbow y de treinta ó más marinos ingleses provistos también de armas.

Unos y otros mirábanse provocativamente; el gesto de los españoles parecía preñado de amenazas y de reconcentrados odios.

Clotilde avanzó lentamente algunos pasos hacia el capitán gibraltareño. Sus miradas, llenas de brillantez en aquel instante, se clavaban como agujas sacias en el rostro de aquel hombre. Su fascinadora expresión hacía bajar los ojos al miserable; éste intentó sonreírse y no pudo; quiso hablar y las frases se le anudaron en la garganta.

—¿Qué me queréis, Juan Ballesta?— exclamó al fin su hija con glacial acento.

Mister Cróssbow recobró en breve su habitual entereza, y prorumpiendo en una de sus más favoritas imprecaciones, contestó balbuente y como apenado lo que sigue:

—He sentido que, á consecuencia de un suceso extraño, ha perdido la vida el capitán Félix Ballesta. Aparte las antiguas diferencias que entre su persona y la mía mediaban, deploro como el que más tan imprevisto accidente. ¿Sábese ya quién fué el autor del hecho? ¿Se le conoce? ¿Se le ha aprehendido?

—Espero que vos me deis noticia de él— replicó la joven disimulando á duras penas sus ansias.

—¡Por la nueva Sion! ¿Qué tengo yo que ver con eso? Quizás Félix Ballesta tenía entre sus marineros alguno que le profesaba ojeriza, y....

No pudo terminar la frase; súbito clamoreo de indignación, de repulsa y de protesta, ahogando sus palabras, se produjo entre los españoles. John Cróssbow se cruzó de brazos con jactanciosa arrogancia, y dijo:

—¿Supondráse tal vez; ¡truenos y rayos! que mis hombres le han dado muerte?

—Si es así que no habeis sido vos en persona— gritó una voz.

En este momento *Urdenatus*, que con *Maese Pedro* presenciaba también aquella escena, exhaló lúgubres aullidos. Juan Ballesta sintióse un sí es no es desconcertado; no obstante, replicó desdeñosamente:

—Semejante acusación no me agravia, porque estoy....

—¿Á más bajo nivel que ella!— exclamó *Borrasca*, dando al olvido toda prudencia y comulminando.

—No os alarméis, don Juan— dijo Clotilde con ambigua entonación.— ¿Qué queréis que piensen de vos estos honrados marinos, si tenéis en contra vuestra deplorables antecedentes? ¿No intentasteis asesinar á vuestro sobrino en la rada de Algeciras? ¿Posteriormente, aquí mismo, no hace muchos días, armada la diestra de un revólver, no disparasteis sobre él traidora bala?....

—¡Ah!— tartamudeó el apóstrofo con desusada emoción.— Entónces os herí.... ¡Jamás! jamás me lo perdonaré!.... Mi arrebatado carácter es culpa muchas veces.... ¡Clotilde! ¡tened compasión de mí! ¡Ah! Si supierais.... si supierais que podéis hacer de mí otro hombre....

—Acabemos, Juan Ballesta. ¿Á qué habeis venido aquí? ¿Qué pretendéis? ¿Para qué solicitais verme y hablarme?

El capitán inglés, que había vuelto á recobrar su aplomo replicó entónces:

—Vengo á deciros, Clotilde, que si ha muerto el hombre á quien os unian indisolubles lazos, no valeis un punto en reconocer y respetar los que á vuestra persona me ligan.

—¿Qué decís? No os comprendo....

—¡Ah! veo que seguís ignorando....

Y dando algunos pasos hacia la joven, exclamó:

—¡Clotilde! Clotilde! Yo....; yo soy vuestro padre!

—¡Mi padre!— gritó la viuda retrocediendo espantada.— ¡Mi padre! doctor, ¿qué dice ese hombre?

El salío la hizo conocer en breves palabras el secreto de su vida.

IV.

Visibles muestras de indignación, de repugnancia y de desden produjo en Clotilde aquella revelación.

—¡Mi padre! ¡es mi padre!— decía repetidas veces, y sus ojos ni aun osaban mirar al personaje que invocaba aquel sagrado nombre.

—Sí, Clotilde; yo también lo he ignorado hasta ahora; pero propóngome en lo sucesivo recompensar con incesantes desvelos tantos años de abandono y orfandad.... Ven, Clotilde, á mi campamento; partamos cuanto antes.... ¡Hija mía! no sabes cuán gratamente suenan en mis oídos estas palabras! Volvaremos á Europa, y allí tus más caras ambiciones se verán plenamente satisfechas. ¡Voto á la Nueva Sion! mi hija será en todas partes la reina de la hermosura y de la riqueza. Vamos, Clotilde, hija mía, sígueme; tu puesto en el mundo está á mi lado!

Entónces John Cróssbow intentó asir la mano de su hija; pero ésta, como si se hubiese sentido picada por un reptil ponzoñoso, apartóse bruscamente exclamando:

—¡Dejadme, marchaos de aquí!.... ¡No os conozco!

—¡Clotilde! ¡hija mía!

—¡Yo! ¿yo hija vuestra?

Y de los latidos de la joven brotó ardiente y nerviosa carcajada que heló de espanto á los que la oyeron.

—¡Clotilde!— tartamudeó el inglés apesadado y fuera de sí.— ¡Clotilde! ¡ten piedad de tu padre!

—¡Mi padre! ¡mi padre!— repitió la joven en medio de histéricas sonrisas. Después, rugiendo se leía é imponente, exclamó:— Vos, Juan Ballesta, deshonraстеis á mi madre; cubriéndola de oprobio me hicisteis nacer en la orfandad y el deshonor; privándome para siempre de sus dulces caricias arrancasteis de mi alma todo afecto filial; más tarde qui-

sistéis marcar en mi frente deshonroso estigma, y ahora.... ¡ay! ¡ahora me habeis arrebatado lo único que en la vida amé! ¡mi esposo, mi padre, mi hermano, mi único señor y dueño, pues todo esto y más aún representaba para mí en el mundo Félix Ballesta! ¡Ah! y tras tan inmenso cúmulo de iniquidades pretendéis que yo reconozca vuestro paternal derecho sobre mí?

—; Clotilde! ¡Clotilde! ¡ten compasión de mis ansias!

—; La habeis vos tenido alguna vez de alguien? ¿Quién sino vos ha sido el despiadado contradictor de su familia? ¡Ah! si vuestra sangre pudiera animar en su fúnebre lecho á mi adorado esposo, gota á gota y por mí misma os le haría derramar entera....

—; Qué dices, Clotilde? ¡Me espantas! Soy el fin tu padre....

—; No os quemá esa palabra los labios? ¿Pueden los monstruos ser padres?

Urdemalas prorumpió nuevamente en tristes aullidos.

Juan Ballesta, anonadado ante aquellos duros reproches, sintió que sus ideas se ofuscaban, que toda su sangre reflujaba al cerebro.... En ademán de súplica tendió los brazos hácia su hija; pero ésta, como implacable instrumento tal vez de las compensaciones humanas, irguióse más imponente aún, y con pavoroso y vilante acento exclamó:

—; Padre! ¡padre! ¡maldito cien veces seas!

Apénas esta frase horrible brotó de los labios de la joven, escuchóse de súbito á la entrada del bosque de las palmeras estridentes y salvajes vociferaciones. Todas las miradas dirigiéronse en aquella dirección, y casi con espanto advirtieron que desembocaban en la llanura, avanzando á la carrera sobre el campamento, incalculable número de hombres-lieras, como les llamaba el doctor Poy.

CAPÍTULO XX.

EL VERDEGU DE SUS INIQUIDADES. — SUCEOS PASADOS. — AMPLIACIONES. — ÚLTIMAS PÁGINAS Y DETALLES.

I.

En la noche del día á que hago referencia últimamente, sentado ante la gran mesa de la espaciosa cámara del *Great-Britain*, se hallaba un hombre, que mudo y sombrío, apoyaba la cabeza en ambas manos; fija en el suelo la mirada, ninguno de los ruidos de á bordo parecía llamarle la atención; erizado sobre el cráneo velase sus grises cabellos, y el torvo semblante tenía una expresion particular, extraña, indefinible....

Aquel hombre era el capitán John Crossbow.

Ya hacia largo espacio de tiempo que se hallaba en aquella actitud, silencioso, inerte, sin hacer apénas movimiento alguno; sólo de vez en cuando nerviosas crispaturas y contracciones agitaban convulsivamente todos sus músculos.

Los instantes trascurrían velozmente, y Juan Ballesta, abstraído, eusimismado, continuaba sin dar se-

ñal alguna de su carácter inquieto; parecia presa de incomprendible obsesion moral.

Pasó más de una hora; de repente, cierta sonrisa, propia sólo de Mehistófeles, vngó un momento entre sus labios; en seguida brotaron de ellos sonidos incomprensibles; su cavernoso tpo espantaba. Acctuóse más su extraña sonrisa, y abandonando al fin su anterior actitud, púsose á gesticular enfáticamente como si sostuviera con alguien animada discusion.

Poco despues se quitó las botas y las medias, y ocultó ambas cosas cuidadosamente detras de un aparrador; acto continuo dirigióse con suma cautela, andando de puntillas, á la escalera del salon, y púsose á escuchar atentamente.... Pasaron algunos instantes y volvió al centro de la cámara; su fisionomía expresaba viva satisfaccion.

—; Todos duermen á bordo!—murmuró con acento apénas perceptible.—; Rayos de Lucifer! ¡al fin voy á vengarme! ¡Ah, Félix Ballesta! te atraviesas en mi camino y me robas el amor de mi hija.... Duermeme, duermeme tranquilo en tu camarote....; el despertar será terrible! ¡Fras del cielo! sin que ninguno de los tuyos lo apercibiera logró introducirme en tu embarcacion.... Ya sé dónde están los pañoles de la pólvora.... ¡Oh! ¡Satanas va á regocijarse con mi venganza!

Y así diciendo avanza lentamente, sin hacer ruido, hácia un extremo de la cámara; en él habia un pasillo que conducia á los pañoles indicados por Juan Ballesta.

Introdujóse en el corredor, mirando recelosamente á todos lados, como si temiera que le sorprendiesen; abrió despues los pañoles y vació en el suelo uno de los barriles de pólvora que allí habia, desde el monton formado por élla hasta el pasillo, casi en el espacio de dos metros, extendió gran número de fósforos en disposicion tal, que montando unos sobre otros y encendido el primero, arderian los demas sucesivamente.

Así lo hizo; en sus ojos brillaba diabólica expresion; con presurosos pasos dejó el pasillo, atravesó la cámara y subió al puente.

—; Nadie me ha visto, nadie me ha visto!—murmuraba el miserable con pavorosa alegría.—; Rayos del infierno!.... ¡Dormid, malditos africanos!.... ¡Ya el fuego de la mecha avanza hácia la pólvora!.... ¡Félix Ballesta!.... cuando vea tu cuerpo retorciéndose en medio de las llamas y reducido á informes y carbonizados restos.... entonces.... entonces.... yo recobraré á mi hija....

En este momento resonó una explosion formidable; la cubierta del buque en un gran espacio saltó en menudos fragmentos; inmensa hoguera empezó á devorar rapidamente cuanto estaba á su alcance.

—; Ah!—gritaba el inglés con roneas voces con templando el incendio.—; Ah! estás aún, Félix Ballesta? ¡Me insultas, me desafias en medio de las llamas!.... ¡Espera, maldito, espera!.... ¡voy á ahogarte entre mis brazos!

(Se continuará.)

EL CAIRO.

(Continuación).

Pero la perla de la ciudad es la ciudadela, obra gigantesca de los romanos, edificada en una eminencia desde la cual se domina la población, y en su cumbre hallase la magnífica coezquita depositaria de los mortales despojos del fundador de aquella dinastía, Mehemet-Ali, cuyo ejército, triunfante al mando de Ibrahim, su hijo, hubiera tremolado su victoriosa bandera sobre los muros de Constantinopla, si las naciones europeas no atajasen con su intervención los pasos del vencedor. La fachada de la mezquita ocupa el frontis de una plaza grande, y su puerta ábrese en medio de dos elegantísimas agujas de prodigiosa altura y de esbeltez perfecta. Magnífico es también el templo en su interior, y en él se ve, á la derecha de la entrada, inmediata á la puerta, la verja de plata que circunda el sepulcro en donde reposan los restos miserables de aquel hombre poderoso.

En el testero opuesto álzase la torre del Reloj, y por ambos lados de ésta y los otros dos costados de la plaza, edificios bajos en perfecta simetría y con pequeñas cúpulas en sus techos presentan elegante y hermosa perspectiva. Detrás, paralelo á éstos, y fuera de la plaza, hay un paseo, especie de cornisa, cubierta de la muralla, por la cual debe de andarse con precaución, pues como su anchura no pasará de dos metros, no tiene barandilla, y domina una grande altura, fácilmente podría medirla el indiscreto que, descuidadamente por allí se aventurase.

Cuéntase de aquel sitio una interesante anécdota: Mehemet-Ali, que, como todos los grandes reformadores, imponía típicamente su voluntad y era poco escrupuloso en la manera de deshacerse de los obstáculos que á su paso se presentaban; convocó, bajo el pretexto de pasarla revista, á la terrible milicia de los mamelucos que, montados en soberbios corceles, entraron confiadamente en los muros de la ciudadela y se alinearon frente al palacio del Bajá, quien, asomado á una ventana fumando con indolencia un cigarro, mandó á sus tropas los cercasen, y cercadas las puertas, sin medio de defenderse ni de huir, fueron implacablemente degollados.

Pero uno de ellos, á impulsos de su frenética desesperación, rompió con el caballo la línea del terrible cerco que formaban los verdugos, y lanzante al noble bruto en rápida carrera por la tal cornisa que dejó descrita, se precipitó á su conclusión desde aquella altura, quedando despeñada la cabalgadura, pero salvándose el jinete, el cual, aunque cogido después, en gracia de su arrojo obtuvo la de su vida, siendo el único que de aquella sangrienta hecatombe se salvó.

Parodió en esto aquel déspota feroz, el civilizador de Rusia, Pedro el Grande, acaso más cruel y bárbaro todavía, que al cortar con su propia mano como agradable postre de sus comidas las cabezas de los soldados de la inquieta milicia de los Strelitz, perdonó por única excepción al que, mirándole ya con el ha-

cha en la mano, empujó desdeñosamente con el pié la cabeza del que en el tajo le había precedido, diciendo con seriedad: «Paso á la mía.»

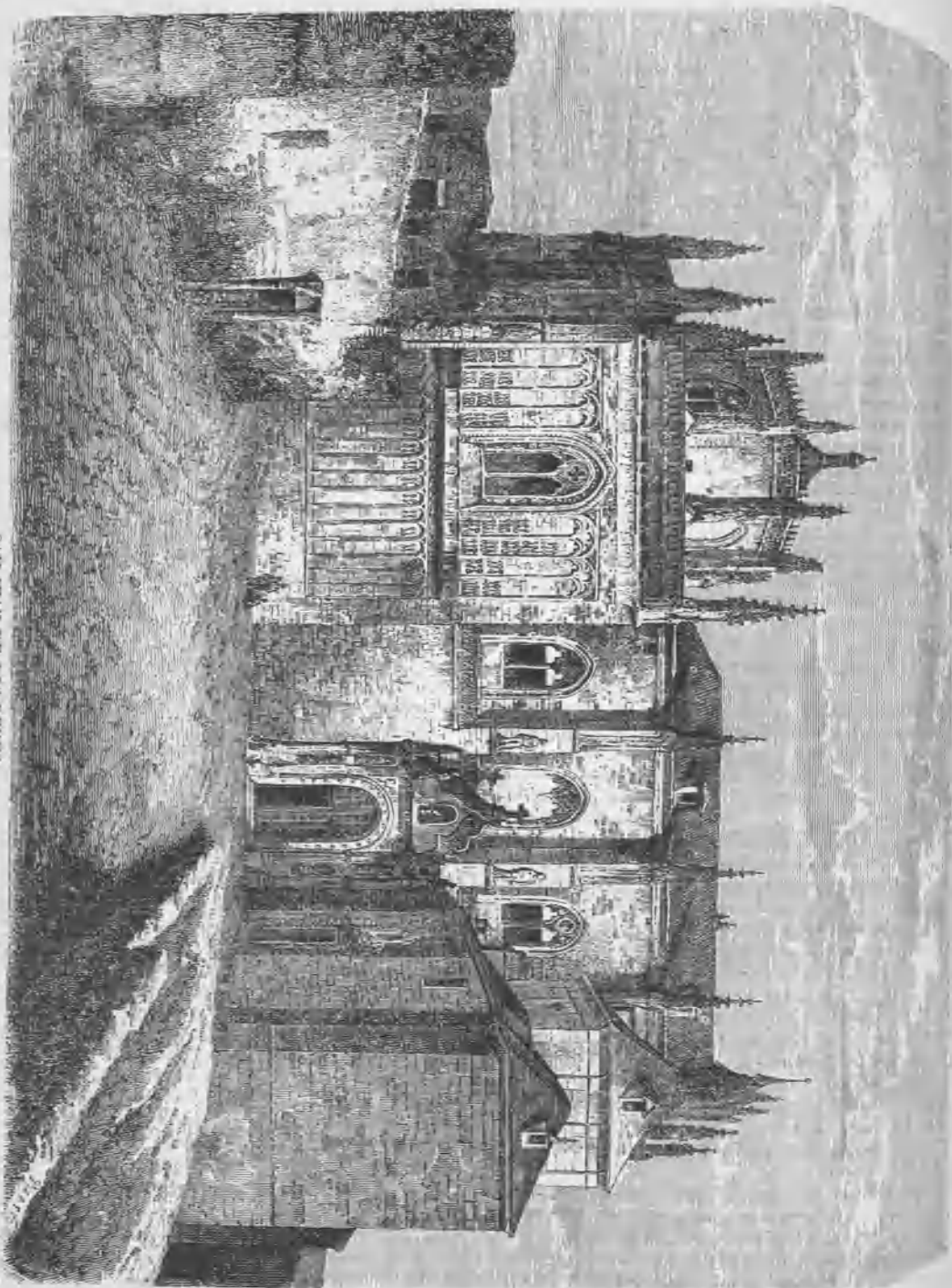
Hay también en la ciudad un pozo que llaman de José, aludiendo á la cárcel en que, según el Génesis, estuvo preso aquel hijo de Jacob; pero en la realidad es relativamente muy moderno, pues fué abierto para abastecer de agua á la fortaleza, y aunque es grande y se puede bajar á él cómodamente, no tiene en su cavidad local para habitación, por pequeña que fuese, y no podía serlo mucho en la que José estaba, cuando continuó por algun tiempo teniendo en ella por compañeros al panero y al coopero del rey, lo que no da idea de un reducido calabozo para una persona y de no ser la cárcel pública para todos los criminales, sería, á lo menos, una de las que para varios delitos hubiese en la capital, que tampoco era entonces Méhís, pues aquella diastía residía en Zanís.

JOSÉ MANUEL PEREIRA.

UNA TARDE EN SAN JUAN DE LOS REYES EN TOLEDO.

El ánimo entristecido se espacia y se consuela en el seno del arte. Parece el arte un mundo misterioso, superior á la estrecha tierra en que vivimos, lleno de las armonías que concierman las contradicciones de nuestra limitada naturaleza. Por eso, cuando el dolor nos atormenta, la voz de un poeta, el eco perdido de una armonía derraman bálsamo consolador en el corazón. El hombre que se levanta sobre toda la creación, que comprende en su pensamiento las leyes del espíritu y de la materia, sufre el martirio de la grandeza; el pensamiento, que vuela más que la libertad, se cieme sobre los astros, finge mundos semosados por eterna felicidad y plata sieúpre en lontananza un ideal de virtud y de hermosura, que no podemos alcanzar sino después de la muerte. La vida en esta cárcel, aunque hermosa por tantas esperanzas, es muy trabajosa; presa entre ilusiones, amores, dudas, incertidumbre, sin llegar nunca á fijarse en un punto, como inquieta mariposa, que liba todas las flores, sin pensar si liba miel ó veneno. Así es que cuando en este largo camino, sembrado de abrojos, encontramos un instante de felicidad, lo guardamos como un depósito sagrado eternamente en la memoria. Cuando nos duele el corazón, cuando las tinieblas que se levantan del fondo de los abismos, lo oscurecen todo, el recuerdo de aquella felicidad nos convida á vivir, y nos infunde esperanza. ¡Ah! Es la esperanza como el resplandor que atraviesa las negras nubes de la tempestad, como la flor que nace en medio del desierto, como las estrellas que lucen serenas en la triste noche. Del fondo del arte se levanta en toda su esplendidez, la esperanza. El arte nos recuerda que somos inmortales, que las cadenas de nuestra servidumbre en la tierra se ha de quebrar algun día, que este mundo se perderá en la nada, mientras nosotros volaremos al cielo. Es imposible que el hombre, que canta más suavemente que el ruiseñor y el aura; que tiene en su cerebro más ideas que estrellas el cielo; que anima las piedras y las tablas con el poder de su

SAN JUAN DE LOS REYES.



pensamiento; que levanta un mundo espiritual sobre la naturaleza, se convierte en polvo, mientras viven gloriosa vida sus obras. Así como la creación con sus maravillas atestigua la existencia de Dios, el arte atestigua la inmortalidad del hombre. Esta sed de lo infinito que nos aqueja, este continuo tormento, este escudo del corazón dice que somos desheredados, que venimos de otro mundo mejor, y que todo nuestro gran trabajo consiste en levantar una escala misteriosa para subir á ese mundo. ¿Por qué, en la callada noche, cuando la luna se refleja en el mar y tñe de misteriosa luz el horizonte, y las auras nos regalán el aroma de las flores, los gorjeos del ruiseñor, el alma, delante de aquel cuadro, se forja otra vida mejor, otro espectáculo no más bello, otro mundo más grande? Porque el alma es del cielo, flota de rocío, caida envuelta en un poco de polvo, como una ligérrima de Dios, se evapora y se pierde en lo infinito, en lo eterno, que es su centro.

Todas estas reflexiones me asaltaban en una hermosa tarde de verano, mirando á San Juan de los Reyes de Toledo. Después de pararme ante el edificio, volví los ojos á la reja. El sol descendía majestuosamente á su ocaso, reverberando en el ancho río sus aureos rayos. La cúpula, cubierta de un verdor claro, alegraba el alma. Las cúpulas de San Juan de los Reyes se destacaban en el azul del cielo, y el cuerpo del edificio se veía entre las colinas, cubiertas de árboles, que formaban como el fondo del cuadro. Me detuve á contemplar el exterior del templo, y apenas pude apartar la vista del ábside hermosísimo de la iglesia. Dos órdenes de arcos le adornan, y las pilastras lo filigranan, pilastras que rematan en aéreas agujas, que se levantan al cielo como la oración del creyente. El pensamiento se queda absorto al contemplar las columnas de los cautivos, que refirió la pródiga mano de la gran Isabel. Esta idea de libertad, unida á la idea de la religión, aquella ofrenda de las órdenes, que se presenta á Dios como en señal de su victoria, hace pronunciar el alma en un himno de alabanza á las glorias nacionales y al Dios de nuestros padres, en uno de esos mudos himnos, cuya acción infunde el arrobamiento y el éxtasis. Levantando los ojos se ven los brazos del crucero ostentando sus ojivales ventanas, que, anchas y sesgadas, y vecinas del cielo, parecen abrirse para recoger la luz pura y más nueva luz de los astros. La ochavada cúpula que sobre el ábside se levanta parece, en sus mil recamadas adornos, la corona centelleante del edificio, que se alza de la tierra como que toma todos los matices del cielo. ¿Qué hermosa conjunto! La crestería, toda recamada de piedras, parece espiritualizada por los adornos y próxima á dablarse al beso de las auras, como las copas de los árboles.

Contemplando el exterior del templo, me quedé absorto en la gran idea que estos monumentos representan. Al levantarse de la tierra como la naturaleza, se presentan varios múltiples, abrazando mil innumerableidades, mil pormenores, como otras tantas ideas esparcidas en sus muros; pero conforme se elevan en los aires, conforme van ascendiendo á los cielos, sus líneas esparcidas se unen, se dirigen á un fin, rematan

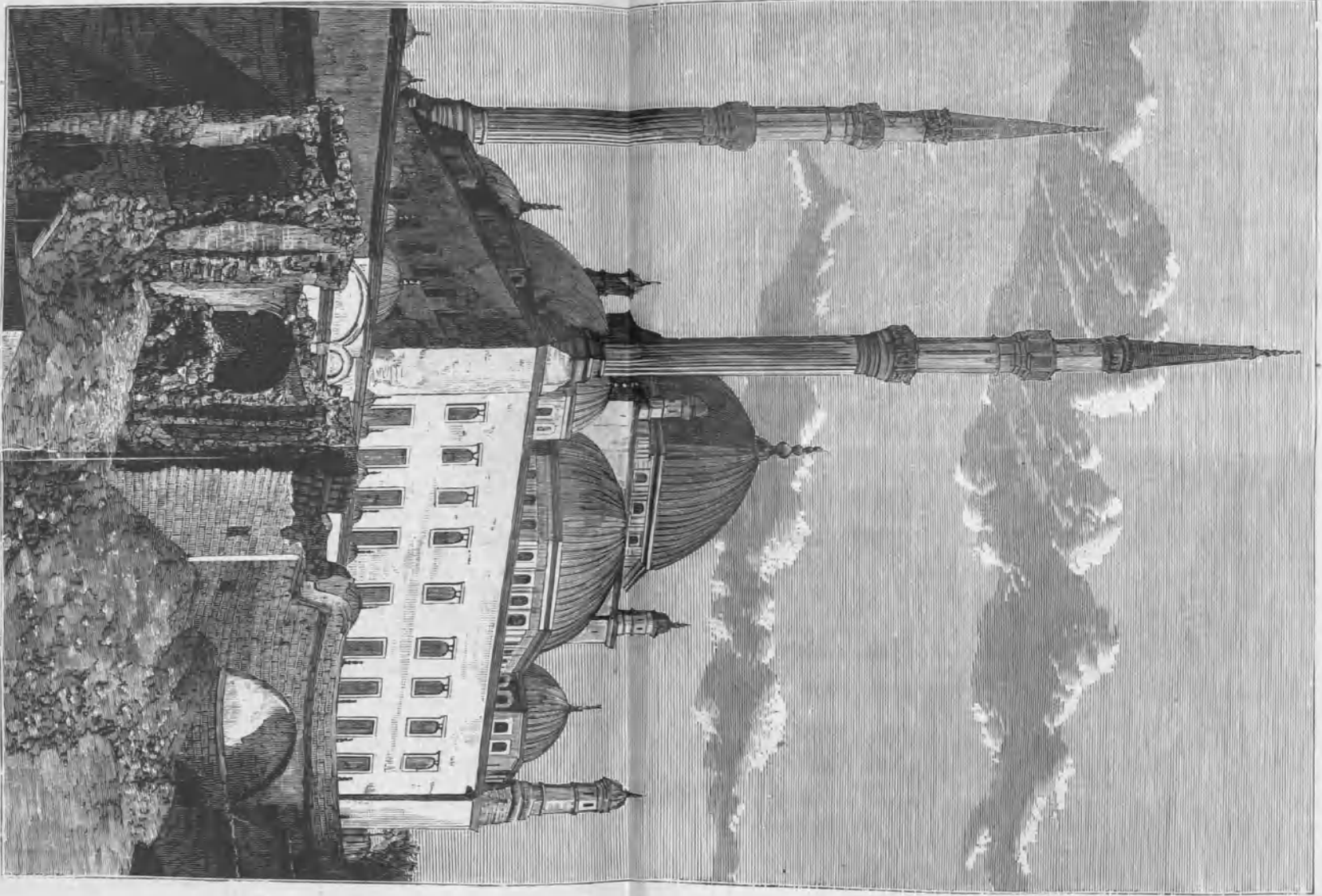
en un punto como toda la religión concluye y remata en la bondad de Dios.

Cuanto más me acercaba á mirar los detalles de la crestería, los adornos del ábside, más me exaltaba y embelecía. Aquellos arboteros tan salubres, aquellos botareles tan ligeros, las capadillas esculpidas con mil y mil adornos, las paredes bordadas, idealizada la piedra, escondidos mil primores en cada línea, en cada rasgo del cincel, la armonía que ofrece, la armonía, esa necesidad del espíritu, todo, todo cuanto veían mis ojos, todo levantaba mi corazón á esa tranquila felicidad que sólo se encuentra en el cielo del arte.

Los rayos del sol poniente, que se quebraban entre los canales de las piedras, rodeándoles de un áureo éter que á mis ojos se asemejaba á las emanaciones de un espíritu encerrado en la naturaleza; los rayos del sol poniente, tan bellos, tan melancólicos, aumentaban la grandeza de la fábrica en sus líbres resplandores. Estas son las ideas que me asaltaron al contemplar en su exterior San Juan de los Reyes. Entré en seguida en el interior. Una fuerza interior hace vivir y crecer y transformarse y reproducirse á los seres de la naturaleza. El arte no sería nada sin la idea que lo anima. La creación es mundo, no del hombre sólo, si no de otros muchos seres. El arte es el mundo exclusivo del hombre. Nadie como el hombre lo comprende. Sólo el poder del hombre lo ha creado. La idea que dió vida al templo de San Juan de los Reyes comenzaba á levantarse en mi mente. Era la idea católica. La unidad es el alma de esta idea. Por eso todas las líneas de esos arcos góticos suben al cielo y se unen armoniosos en un punto. Por eso se ven todos los pensamientos del artista reunirse en la unidad de Dios, que representa el templo de una manera aduicible, como un eterno símbolo. Pero, además, el templo de San Juan manifiesta en sus arcos que la idea oriental ha derramado sus semillas en el genio español, y en sus esculturas, que la idea griega relumbra en sus resplandores al mundo.

Y en efecto, ese lujo en la ornamentación del templo es la que el romance morisco en la literatura, el monumento, de piedra, sembrado de palmas, de flores, de todas suertes de adornos, prueba que el genio oriental es ya cautivo del genio español, y como cautivo hermosea los templos de su señor. El romance morisco probaría, si la historia se perdiera, que nuestros padres habían respirado el balsámico aliento de los Reyes de Granada. La musa española, á fines del siglo xv, en que se levantó el templo de San Juan de los Reyes, ceñida de la luz cristiana, vagaba á las orillas del Darro y del Genil para celebrar aquellas sin par victorias, y recogía, volando por sus orillas, el azahar, las palmas, el mirto, las flores de aquellos orientales campos. Así el caballero, con los ojos puestos en el cielo y el pensamiento en su dama, á la luz de la luna en la callada noche, respirando las áuras embalsamadas por los perfumes de flores orientales, al pié de una palmera, cantaba una canción amorosa, filigranada con los esmaltes de la poesía de los árabes.

Y como el arte es uno en esencia, aunque varío en sus manifestaciones, el genio de Oriente filigranó esas



LA CIUDADELA DEL CAIRO.

columnas de San Juan de los Reyes, esos arcos, esas repisas con adornos que parecen un encaje de piedra que va á doblarse al arrullo del aire.

Y como ningún pueblo ni época vive fuera del gran movimiento que impulsa á toda la humanidad, la restauración del mundo clásico se ve manifestamente en las hermosas estatuas que adornan el claustro de San Juan de los Reyes. La escultura es el arte más propio de la antigüedad en aquel mundo de las artes. El gran movimiento de restauración clásica, que ocupa toda la Edad Media, crece prodigiosamente al finalizarse el siglo XV. Constantinopla va cayendo en poder de los turcos, y sus hijos dispersos llevan como Eneas fugitivo los dioses lares á Italia. Y entre estos dioses lares se encuentran las reliquias del arte clásico. El mundo moderno se prosterna delante de aquellos recuerdos, y los aloja en sus museos y en sus bibliotecas y los pide inspiración y luz. Y esta inspiración se refleja en la frente de las estatuas debidas á los artistas de fines de aquel siglo.

Na parece sino que al empezar la edad moderna todos los elementos del mundo antiguo se compendian en estos grandiosos edificios. Las edades del mundo se encuentran representadas en San Juan de los Reyes, y como compendidas en piedras de edad oriental, la edad clásica y la edad media.

Estas ideas me asaltaban en el hermoso claustro de San Juan de los Reyes.

EMILIO CASTELAR.

CUADRO DE FLUIXENCH.

En este número ofrecemos á nuestros lectores una reproducción del precioso cuadro de Fluxench, el cual representa el encaje verificado sobre el Bidsona, entre el rey de Francia, Francisco I, y sus dos hijos, enviadas expresamente como rehenes, cuando aquél recobró su libertad, con arreglo al tratado de 14 de Enero de 1526. Es armoniosa y calculada la composición; hay detalles ejecutados con maestría, brillantez en el colorido, expresión y buena luz. Notamos, sin embargo, algunas impropiedades: el tipo característico del Rey es difícil de reconocer; su traje cortesano parece impropio de una persona que anda de viaje y á caballo; oseasen el lugar en la falda para tamaño escena, y aun en la parte histórica, según el relato del mismo Robertson, citado por el artista, parece debieran ser tres las embarcaciones, y componerse la comitiva exclusivamente de catalanes.

PASCAL.

Entre los muchos hombres extraordinarios que produjo el siglo XVII, merece especial recordación el famoso geómetra y escritor francés Blas Pascal.

Nació en Clermont Ferrand en 1623. Salido apenas de la primera infancia empezó á dar ostensibles

muestras de la rara precocidad de sus talentos. Su padre, que era hombre de gran inteligencia, queriendo desarrollar convenientemente las felices disposiciones del niño con la más brillante educación, estableció con él en París. Frequentaban la casa algunos sabios, y escuchando sus conversaciones, el joven Pascal concibió por las ciencias la más decidida pasión.



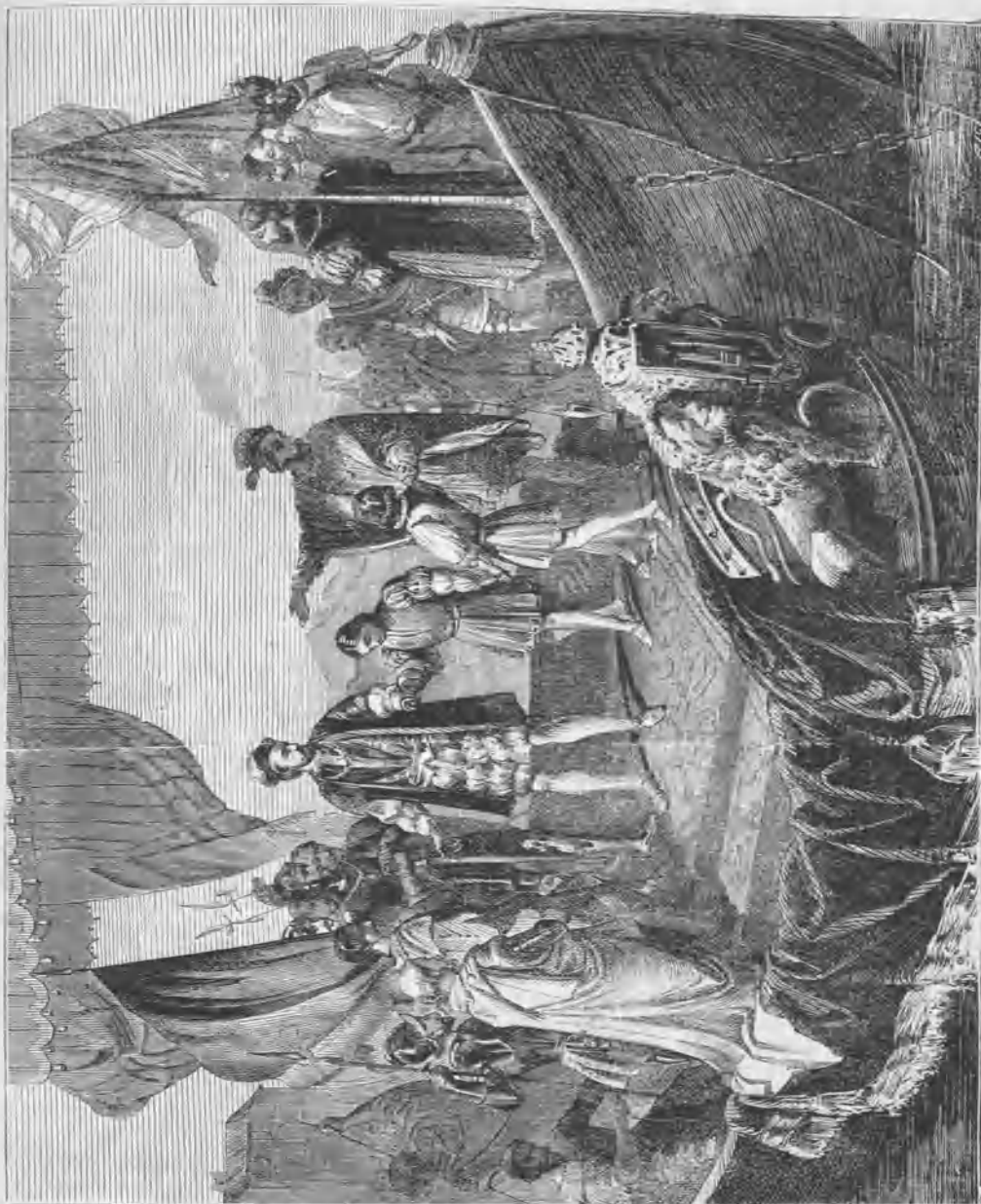
Pascal.

Pero atendiendo á su delicada salud y complexion enfermiza, rehusaba el padre dedicarle al árido estudio de la Geometría. Decidió entonces el niño profundizar por sí solo dicha ciencia, y con sólo la definición de ella, que había oído á los contentidos de su padre, logró, contando apenas doce años y sin auxilio de libro alguno, encontrar las treinta y dos primeras proposiciones de Euclides.

Ante tan elocuente manifestación de su genio, desistió el padre de sus propósitos, y desde entonces cada uno de los pasos del joven Pascal señalaba un adelanto en las ciencias. Á los diez y seis años compuso un tratado de las *Secciones cónicas*, y á los diez y ocho inventó una máquina aritmética que resolvía fácilmente los cálculos más complicados. En 1654 halló el *Triángulo aritmético*, por el cual se hallaba ingenuamente la incógnita de gran número de problemas.

Cuatro años después concibió la teoría de la polea ó garrucha, desconocida hasta entonces de los sabios, y por este tiempo también fijó las bases primeras del cálculo de probabilidades. Después completó las indagaciones de Torricelli sobre la presión atmosférica cuyos resultados han hecho inmortal su nombre; en 1647 publicó sus *Experiencias acerca del vacío*; los que realizó en Auvernia pusieron fuera de duda la pesantez del aire.

En 1653 dió á luz un tratado del *Equilibrio de los líquidos*, que produjo una revolución en la fístrostatí-



CUADRO DE FLUXIENCIA.

ca; ideó asimismo muchos de los principales elementos de la mecánica, y le somos deudores del carronato, del carreton de una sola rueda y de la prensa hidráulica.

Pero lo que más le enaltece, á nuestro juicio, fué la lucha que emprendió contra los jesuitas. Profesaba austeros principios religiosos, hizo se jansenista y consagróse arduamente á la propagación de sus ideas. Con motivo de la censura que la Sorbona se proponía lanzar sobre un escrito de Arnauld, publicó en 1656 y 57 sus célebres *Cartas provinciales*, en las que trata con singular elocuencia de las relajadas moral y costumbres de los padres jesuitas; empleó á veces en dicha obra un lenguaje lleno de gracia, y otras un elevado estilo de que no se había dado hasta entonces muestra más feliz en idioma francés.

Las intrigas del jesuitismo consiguieron que fuese condenado el libro de Pascal; pero éste propusó publicar una gran obra rebatiendo á sus adversarios y acumulando en ella las pruebas y documentos en que fundaba sus anteriores censuras; mas su siempre quebrantada salud impidióle concluirla; sólo dejó algunos fragmentos, que se hallan coleccionados en el libro titulado *Pensamientos*. Estas dos obras, como literato, colocara su nombre á grande altura é iniciaron en las letras francesas una trascendental regeneración.

Mientras tanto, la salud de Pascal era más deplorable de año en año. En 1647, á consecuencia de una parálisis, casi quedó impedido de ambas piernas; siete años después, por haberse desbocado cerca del puente de Neuilly los caballos de su carruaje, impresionóse de tal manera, que rehusó salir más á la calle; encerróse, pues, en su domicilio y consagró el resto de sus días al estudio de los más áridos problemas de las ciencias y á las prácticas de las más austeras virtudes.

Contaba treinta y nueve años de edad cuando, en 1662, dejó de existir. Á contar este hombre extraordinario dilatada y perfecta salud hubiera asombrado aún más al mundo con su laboriosidad y su prodigiosa inteligencia. Pero así como fueron en demasía precoces y tempranos su frutos, así también la resplandeciente luz de su genio poderoso, que vivía á expensas del enfermizo y desgastado cuerpo, se extinguió prematuramente.

El accidente del carruaje acabó de alterar su salud; desde aquel día, poseído de extraña alucinación, como estuvo á punto de perecer en el puente de Neuilly, figurábase que se encontraba siempre al borde de un precipicio. Fuera de esto, sus facultades mentales brillaron por su lucidez hasta el último momento.

Bossut ha dado una edición completa de las *obras de Pascal*.

J. MORENO FUENTES.

LOS LAPONES

EN EL JARDIN DE ACCLIMATACION DE PARÍS.

Después de los nubios, que obtuvieron tan viva éxito, han ocupado su sitio los esquimales, pueblo de invierno. En el momento en que empezaron los frios, M. Geoffroy-Saint-Hilaire ha presentado los lapones. No tenemos necesidad de insistir sobre el interés y la utilidad de estas exhibiciones etnográficas, gracias á las que el público, grande y pequeño, adquiere nociones exactas sobre los pueblos y las razas exóticas. Así es que la ida sucesiva á París de los esquimales y de los lapones, ha debido disipar un error bastante común que hacía confundir entre las gentes esas dos poblaciones tan distintas bajo todos conceptos. Lo mismo que todos los de pequeña talla, lapones y esquimales, antropológicamente hablando, difieren por el carácter más esencial, por la forma de la cabeza. Mientras que el esquimal tiene el cráneo más alargado que se encuentra en todas las razas humanas conocidas, el lapón es francamente braquicéfalo, es decir, que tiene el cráneo muy corto. A los ojos del etnográfico, lapones y esquimales no son menos diferentes: los últimos son cazadores y principalmente pescadores; el mar es su elemento; los animales marinos, peces, cetáceos, focas y marsoplas constituyen su único recurso; en fin, tomado en su estado natural, es decir, fuera del círculo en que pueden experimentar la influencia de los europeos, de los daneses en Groenlandia, los canadienses en el Labrador, ó los rusos en el estrecho de Behring, los esquimales no han pasado de la edad de la piedra pulida. Sucede lo contrario en el lapón: desde tiempo inmemorial, es decir, bastante ántes del comienzo de los tiempos históricos en el Norte de Europa, ha conocido el uso del cobre y del bronce, así como el arte de trabajarlos. Parece, de todos modos, que no tomó ese arte sino de los escandinavos, á los que la lengua lapona ha prestado los nombres de los diversos metales. El lapón ha pasado sensiblemente al estado salvaje, caracterizado por la caza y la pesca como medios principales de existencia, es pastor, y si la ruda naturaleza de su país no le permite criar muchas especies de animales, saben hallar en sus ganados de renos una fuente segura y abundante contra las dificultades de la vida. El estado pastoral en que se halla el lapón ha hecho de él, naturalmente, un nómada; no obstante, el clima del Norte le ha enseñado á no permanecer sedentario. En invierno, sus estaciones son más largas y su alimentación está entonces basada en las provisiones de conserva que su necesidad le ha enseñado á preparar. El lapón está colocado en un grado superior al del esquimal en la escala de las razas humanas. Una simple ojeada sobre la Exposición Etnográfica lapona instalada en los departamentos de la administración del Jardin de Acclimatacion basta para convencerse á primera vista. Las joyas sólo demuestran la superio-

ridad de sus fabricantes sobre los polares cazadores de focas de la América polar; sus ornamentos cincelados, rebatidos, grabados con un arte del todo particular, atestiguan un gusto original muy reconocible en su simplicidad. Los motivos de la ornamentación no son muy complicados, y producen, por consiguiente, un efecto excelente. La mayor parte de los adornos se componen de dos escudos romboidales (fig. 3.^a, núm. 1), colocados frente á frente y remidos por anillos que disimulan un pequeño botón en forma de florón, muy elegante y muy artísticamente labrado. Sobre la superficie de cada placa romboidal están dispuestos geométricamente otros

botones, éstos macizos, labrados y asentados. Muchos alfileres ó corchos están provistos, además, de almeñetas unidas por pequeñas cadenas y que no son sino otras planchas romboidales. Otros broches consisten en un grueso anillo macizo, del que penden tres discos ó rodajas cuya cara está adornada de rayas grabadas (fig. 3.^a, núm. 4). Esta joyería recuerda singularmente los antiguos adornos que se descubren en los túmulos del Norte de Asia. El arte de alfarería no es ménos conocido de los japoneses, por más que las vasijas que fabrican sean de una pasta gruesa y de forma bastante ménos elegantes que las de sus joyas. En cambio saben trabajar la madera con



Fig. 1.^a— Lapones y sus patines.

bastante habilidad, y hacen utensilios bastante curiosamente esculpidos ó cincelados; publicamos aquí la representación de una cuchara (fig. 3.^a, núm. 6), que revela á su turno un gusto muy fino entre los nómadas del extremo norte europeo. De la corteza de los álamos que llenan las profundas solvas del interior de la Laponia, hacen mil objetos ligeros y de uso fácil.

Se puede admirar en el Jardín de Aclimatación una cacerina, y principalmente sacos ó balsas de corteza argentada (fig. 3.^a, núm. 8), que agradan á la vista y que deben ser excesivamente cómodos. Esta corteza tan flexible se presta á casi todos los usos, y al mismo tiempo es tan resistente, que los utensilios en cuya fabricación se emplean, parecen de una gran solidez. No nos sorprendería que tal ó cual saco de corteza de álamo bien cosida con tendones de reno y minuciosamente calafateada las costuras, fuera un excelente recipiente para los líquidos.

El vestido nacional de los japoneses se componía originalmente de pieles y de feros de pelo, principalmente de renos, preparadas y curtidas según procedimientos muy antiguos, como lo atestigua un cuchillo de hueso (fig. 3.^a, núm. 5), que está en la pequeña Exposición Japonesa del Jardín de Aclimatación y

cuya forma ha sido imitada más tarde cuando los japoneses han construido cuchillos de metal. Al principio de este siglo empleaban aún en algunas localidades tijeras ó raspadores de piedra para quitar el pelo de la piel de los renos. Sin embargo, las relaciones que este pueblo ha tenido desde época remota con sus congéneres más civilizados de Finlandia, y con los escandinavos, que los rechazaron al Norte de la Suecia y de la Noruega, les hicieron conocer las telas de lana de que se sirven hoy en Laponia para hacer los trajes de verano y de ceremonias. No obstante, á nuestros ojos profanos de europeos civilizados, la moda no parece haber variado, y los vestidos de trapo ó de mullton nos parecen hechos por el mismo patron de las antiguas vestimentas de piel. Es siempre el pantalón y la larga blusa ceñida al cuerpo por un cinturón de cuero; esta costumbre es la misma para el hombre y la mujer, llevando ésta la blusa quizá un poco más larga que el hombre. Los bellos hábitos del trapo principalmente para las niñas, son de colores chillones, azules, rojos, amarillos; los cinturones, en lugar de ser una simple tirilla, son á veces obras maestras de bordados de colores cargados de adornos de cobre de formas muy originales (fig. 3.^a, números 2 y 3). Pero los vestidos de traba-

jo y de fatiga, blusas y pantalones, son de piel de reno quitado el pelo; el aspecto no tiene nada de maravilloso; el pelaje, de un color gris empañado ó de un color amarillo sucio del reno, no es en efecto, nada bello; pero suministra trajes de tanto abrigo, tan duraderos, que se concibe el amor de los lapones á esta costumbre puramente nacional. El tocado del hombre consiste en un bonete alto, de trapo, negro ó azul oscuro, cuadrado, sensiblemente ensanchado en su parte alta, que es plana, y cuyas cuatro esquinas están bien acentuadas; se parece bastante al *chapska* polones. Una banda de trapo rojo en la base, es decir, al rededor de la cabeza, agracia un poco este

tocado, que está provisto de forro en invierno. Las jóvenes llevan un bonete muy particular. No hay más que imaginar un gorro que envuelve herméticamente el cráneo rodeando toda la cara, sostenido por largas vendas y terminando en el occipucio por una verdadera cámara de casco en forma de gorro frío; la parte alta es de trapo rojo, verde ó de cualquier color muy vistoso, sobre el cual se destacan las vendas, que tienen buen cuidado de escoger de un tono distinto.

Otras mujeres, las madres de familia de más edad, como Kistan, la esposa de Juan Pedro Gaupa, que está en el Jardín de Aclimatación, se cubren la ca-



Fig. 2.ª.—Lapones y su trineo.

beza con un simple casquete pequeño y bajo. En invierno, los lapones se ponen una pesada paletina de piel de oso, que les envuelve el cuello hasta las orejas, las espaldas, el dorso y el pecho, dejándoles la libertad de movimientos para la marcha y la carrera. En tiempo ordinario se calzan toscas botas de cuero encorvadas en la punta y en las cuales se pierde la base de los pantalones. En invierno se sirven de patines para deslizarse por la nieve (fig. 1.ª): son estrechas planchetas de madera, de más de un metro de largo, en medio de las cuales hay un anillo de cuero por el que se pasa el pie. Por medio de este calzado, y de un buen bastón, los lapones hacen lejanas excursiones en su país, helado y cubierto de nieve, en el que se hundirían hasta el cuello sin esa sábia precaución.

En cuanto á armas, se han olvidado en Laponia las antiguas para adoptar el fusil. No es esto decir que se encuentren allí cazadores provistos de Lafoucheux ó de carabinas que se carguen por la culata; los lapones no tienen sino viejos mosquetes desusados, semejantes á los que hacían las delicias de nuestros antepasados; no son menos diestros por esto, y los animales de pieles de su país hiperbóreo, armiños,

muartas, zorras, ardillas, lo han subido en perjuicio suyo. Cada individuo, desde la edad de tres años apenas, lleva al cinto, en una vaina de cuero tosca, un fuerte cuchillo de gruesa hoja, que sirve para todos los usos domésticos y demás. En fin, el lapón tiene un talento especialísimo para lanzar el lazo, como un gancho ó indio de la América del Sur. De esta manera es como coge en su rebaño el reno indócil que necesita, bien para anclarlo á su trineo, bien para proveer su cocina.

Si hemos calificádolo el reno de indócil, no carece de razón. Este cervido, por domesticado que esté desde tiempos remotos por los lapones, es algo rebelde al adiestramiento y no se doma nunca por completo. Tiene cierta propensión á usar de las astas que adornan su cabeza, y no obedece muy pronto á su conductor; bajo este punto de vista, su educación es bastante menos perfecta que la del caballo ó del elefante. Es cierto que hay que reconocer que en Laponia el arte del guarnicionero y del enjueamiento se halla en un estado muy primitivo; el hocado y las riendas, por ejemplo, son allí completamente ignorados; un simple ronzal sirve para dirigir tan bien como mal al reno, cuyas detenciones son rápidas

por fuertes bastonazos; una fuerte cincha al rededor del cuerpo constituye todo el arnés, con un tirante, único que se sujetaba bajo el vientre del animal y va á fijarse en el terreno. Este es muy estrecho y no puede

contener sino una sola persona sentada, con las piernas estiradas; la forma es la de una piragua, cuya parte anterior, afilada, se eleva un poco, con el fin de deslizarse mejor en la nieve, y cuya parte poste-

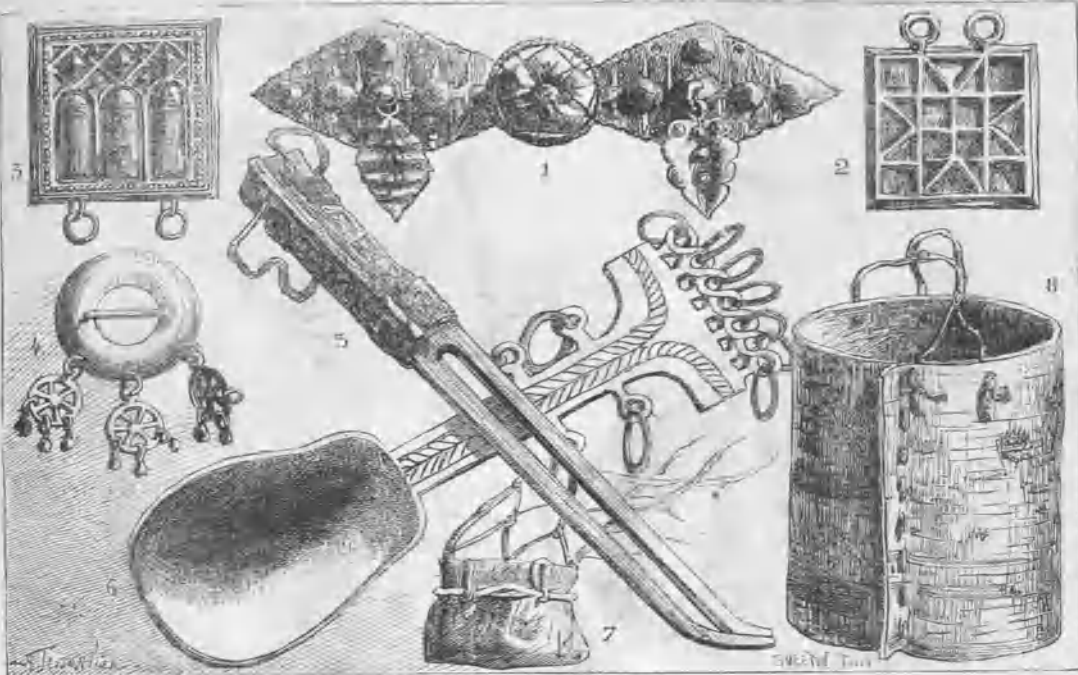


Fig. 3.ª—Objetos diversos de los lapones.

rior es plana y está cortada perpendicularmente; una plancheta sirve de asiento al viajero, que se envuelve hasta la cintura por pieles sostenidas de tirillas que se cruzan (fig. 2.ª).

(Se concluirá.)

LAS CACERÍAS EN EL AFRICA ECUATORIAL.

(Continuación.)

Chailla y Gambó siguieron su carrera. Veamos lo que había ocurrido.

Dos negros de los que batían el bosque habían llegado á un sitio en donde los árboles crecían tan espesos, que apenas penetraba la luz del día; casualmente un peñasco de dos metros de altura dejaba abierto el paso, con tal de que se trepase á la cima; uno de los negros tomó carrera, de un salto se colocó en la cima del peñasco y de otro cayó á la parte opuesta.

¡Mas cuál no fué su terror cuando, al tocar el suelo con los pies, se encontró frente á frente con el terrible gorilla que buscaban!...

Distaban uno de otro diez pasos: el negro se echó

el fusil á la cara, apuntó y disparó; mas, fuese efecto de la semioscuridad que reinaba en aquel sitio, ó bien porque el miedo le agitate el brazo, la bala, en vez de darle en mitad del pecho, no hizo más que rozarle un costado.

Entonces fué cuando Chailla y Gambó oyeron el rugido del gorilla y el disparo.

Irritada la fiera por el dolor, avanzó sobre su enemigo más rápidamente de lo que acostumbran; así es que no le dió tiempo para cargar de nuevo su fusil.

Quiso huir y no pudo: el peñasco y los árboles le cerraban el paso.

El gorilla se detuvo un momento para golpearse furiosamente el pecho á guisa de amenaza; el negro empezaba á cobrar esperanza, pues estaba ya cebando su fusil.

El monstruo y el hombre se movieron á un tiempo hácia adelante; el hombre alargó los brazos para llevarse el arma al hombro; la fiera extendió uno de los suyos; tremendo, irresistible, valor como el pensamiento, y se apoderó del fusil, cuyo cañon mordió furiosamente, aplastándole entre los dientes.

(Se continuará.)



Fig. 4.º— TIPOS LAPONES.

ANÉCDOTA.

Al prestar Talleyrand el juramento á Luis Felipe, lo dijo con graciosa sonrisa:

— ¡Señor, pues ya van trece!

Solución á la charada del número anterior.

BELLOTA.

SUMARIO.

GRABADOS.—San Juan de los Reyes.—Ciudadela del Cairo.—Pascual.—Cuadro de Fitzgibbon.—Lapones y sus palcos.—Lapones y su trineo.—Dibujos diversos de los lapones.—Tipos lapones.
 TEXTO.—Keraban el Teletarado, por Julio Verne.—El Secreto del oro, Luis Boussanot.—Sin familia Heclor Mató.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Mariano Fuentes.—El Café (fin), por Juan Manuel Torralba.—Una tarde en San Juan de los Reyes en Folio, por Emilio Costelar.—Cuadro de Fitzgibbon.—Pascual, por Mariano Fuentes.—Los lapones.—Cuernas en el África septentrional.—Anécdota.—Solución á la charada.

MADRID, 1884.—Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneyra.
 IMPRESORES DE LA REAL CASA.